

Ensayos

N° 6 Mayo 2013

Publicación del Espacio de Investigación en Psicoanálisis del Centro 1

LOCURA y LAZO SOCIAL

Editorial

Patricia Fryd

Ensayos

Andrea Buscaldi

Carolina Freire

Lis Harguindey

Luiz Octávio Martins Staudt

Claudio Panetta

Florencia Villa

Intercambios

Carlos Quiroga

Ivana Mangiaterra

Carlos Noseda

Patricia Fryd

Debates

Samuel Cabanchik

Otras Ficciones

María Laura Helueni

Marcelo Rubio



"Mandato"
Tinta s/ papel obra
Verónica Viñas

Indice

Editorial

Indice

La evaluación y la política de las cosas, por Patricia Fryd

Pág. 3

Ensayos de Investigación

Cerca de Barthes, por Andrea Buscaldi

Pág. 6

Un comienzo posible, por Claudio Panetta

Pág. 11

Entre el cuerpo y el goce del Otro: Lectura psicoanalítica de un caso de "auto-agresión",
por Luiz Octávio Martins Staudt

Pág. 14

Los otros en las psicosis, por Florencia Villa

Pág. 21

Una economía de ser sustentable para un sujeto, por Lis Harguindey

Pág. 25

El silencio y la angustia en la clínica, por Carolina Freire

Pág. 28

Intercambios:

Las lenguas olvidadas e interpretación, por Carlos Quiroga

Pág. 33

"No se vuelve loco el que quiere", por Ivana Mangiaterra

Pág. 37

**Locura de Clasificar. Clasificación de la Locura. Apuntes para una crítica de las
clasificaciones psiquiátricas**, por Carlos Nosedá

Pág. 43

Estrategias frente al trauma, por Patricia Fryd

Pág. 46

Debates

Ensayo y filosofía, por Samuel Cabanchik

Pág. 50

Otras Ficciones

Cuidados Domiciliarios, por María Laura Helueni

Pág. 54

Sandía, por Marcelo Rubio

Ensayos es la publicación del Espacio de Investigación en Psicoanálisis del Centro 1. Es producto del trabajo que se realiza en los Programas de Investigación tanto en Consultorios Externos como en Hospitales de Día del Centro de Salud Mental N°1 “Dr. Hugo Rosarios”.

Centro de Salud Mental N°1 Dr. Hugo Rosarios

-La presente organización Institucional es a los fines del funcionamiento interno y se desprende del expdte 84.131/05 y de la Nota N° 176/CSMN°1 1/2010-

Jefes a cargo

Dirección: Dr. Ricardo Soriano

División Asistencial y Comunitaria: Lic. Beatriz Perez del Cerro

Unidad de Consultorios Externos: Lic. Martín Trigo

Unidad de Hospitales de Día: Lic. Gustavo Slatopolsky

Sección Infanto Juvenil: Lic. Giselda Battle

Sección Adicciones: Lic. Mariana Peña

Secretaria del CODEI: Lic. Patricia Dolan.

Espacio de Investigación en Psicoanálisis del Centro 1 - REVISTA ENSAYOS

Dirección: Martín Trigo

Coordinación Programa de Investigación de Consultorios Externos: Ivana Mangiaterra

Coordinación Programa de Investigación de Hospitales de Día: Ricardo Seijas

Coordinación Programa de Investigación en Psicosis: Patricia Fryd

Coordinación Programa de Investigación Psico-neurosis<>Neuro-psicosis: Liliana Rossi.

Coordinación Programa de Investigación La sexualidad Infantil: Giselda Battle y Enriqueta Kwint.

Edición y Coordinación Relaciones Interinstitucionales, Prensa y difusión: Lis Harguindey

Consejo Asesor: Giselda Battle, Patricia Fryd, Liliana Rossi, Gustavo Slatopolsky, Héctor Serrano

Diseño editorial: Julián Azzolina (www.pasadizodigital.com)

Manuela Pedraza 1558- Ciudad autónoma de Buenos Aires, cp 1429

<http://investigacioncentro1.blogspot.com>

Los contenidos de los artículos publicados son responsabilidad de sus autores. ISSN y Registro de la Propiedad Intelectual en trámite

Patricia Fryd

Psicoanalista - Médica psiquiatra

Integrante del equipo Adultos Mañana del Centro de Salud Mental N° 1 "Dr. Hugo Rosarios"

Coordinadora del Programa de investigación en Psicosis del Espacio de Investigación en Psicoanálisis del Centro 1

Cofundadora del Centro de Lecturas: Debate y Transmisión

La evaluación y la política de las cosas

En el Prólogo a los Ensayos Lacanianos, Oscar Masotta articula este género a aquellas tramas del discurso "de las cuales afirmamos que deben ser investigadas", dejando así ligados indisolublemente ensayo e investigación. Podemos agregar que la figura del investigador se opone a la del experto, en tanto ensaya, equivoca, yerra. No elude la dimensión subjetiva. Este género conviene al psicoanálisis.

Este número de Ensayos está dedicado a la investigación en el campo de las locuras, su relación con el trauma y los efectos que ellas promueven en el entramado de la historia y en el lazo social. En consecuencia la invención que suponen en relación a la transferencia, siempre que contemos con la posibilidad de existencia de un sujeto ahí, incita en los textos la producción de nuevos interrogantes.

En efecto consideramos la locura, el delirio, la violencia, manifestaciones de un sujeto que trata de transmitir un real no trasmisible hasta ese momento de otro modo.

El afán clasificatorio, la política del control y de la evaluación son maneras de contar al sujeto no en su diferencia, no en su singularidad, sino como un individuo, mudo, cosificado.

En particular el trabajo con las locuras pone en *primer plano*, pero a la manera de *la carta robada*, cómo es que no hay una sola manera de contar las cosas.

Se dice que cada época tiene un estilo predominante que daría una manera del lazo, por ejemplo, la paranoia como lazo concomitante al surgimiento de las grandes ciudades industriales, con el agolpamiento urbano, el anonimato y la novela

policial como género. Es posible que en nuestros días predomine una relación al otro donde se prioriza lo inmediato, lo "visible" y "evidente". Entiendo que podemos ubicar en relación a esto la proliferación de la práctica de la evaluación, que supone que todo es cuantificable, que deja de lado la función de la apariencia (con la consecuente prevalencia del diagnóstico de depresión) y que desconoce posiciones tales como las de las ciencias duras que sostienen que no hay hechos sin teorías que los determinen: lo que se encuentra, lo que se releva, es función de lo que se busca, de aquello que se espera encontrar.

Cuadra con esto, por ejemplo, el desplazamiento de las series policiales tradicionales u otras, en beneficio de aquellas que versan sobre casos de investigación en medicina forense, autopsias y los crímenes seriales.

El término *evidencia* se sitúa justamente entre lo policial y el razonamiento científico; es reificado por la criminología que tiene su auge al desprenderse de la criminalística, concomitantemente poco más o menos al surgimiento del discurso freudiano.

Es interesante en este sentido cómo lo que puede ser un "indicio" para S. Freud por ejemplo, de la procedencia de lo inconsciente de determinada producción, está en las antípodas de lo que se pregonaba en el intento de identificación del criminal en el sentido que "el indicio es un testigo mudo que nunca se equivoca". Es la época en que vira la metodología del hecho a los datos que aportaban las evidencias físicas que se consideraban más confiables que los testimonios de los testigos, donde el mejor era el que no hablaba ya que se consideraba que la *biografía de cada uno está escrita en su cadáver*.

La palabra evaluación es de uso corriente desde hace poco tiempo al menos en el ámbito de la salud mental y de uso frecuente en el discurso jurídico.

Jean-Claude Milner analiza esta cuestión a partir de la aprobación en Francia hace ya algunos años de la enmienda Accoyer por la cual cierto número de profesiones (las llamadas psi) pasaban a ser tuteladas, evaluadas. Una ley consensuada y paradójicamente inicua, dado que esta evaluación no es realizada a partir de conceptos del propio campo donde tiene lugar.

La evaluación toma el cariz de una práctica de aparatos, las auditorías, que no requieren ningún saber específico. Es ciega ya que sus procedimientos están fijados de antemano y son supuestamente válidos para todo. Da lo mismo una empresa, otra área de salud o empleados... a los que en general les espera la desocupación.

En los distintos ámbitos donde se practica la evaluación tiene por objeto la **domesticación social**, sea ésta hecha con fines liberales o por "almas humanistas". Es una manera de control social. Dice Milner que "el recurso creciente a la estadística debe poner en alerta". ¿Por qué? Porque allí el individuo cuenta como uno. "Afirmación trivial si no se entiende estrictamente: cuenta como uno aritmético. Y el uno aritmético no constituye ninguna diferencia precisamente". Cualquier cosa que conecte la normalidad del grupo con la intimidad del individuo nos debe poner alerta sea cual sea el grupo. Sólo el derecho al secreto asegura la privacidad del individuo, y con ella la resistencia del débil frente al control, resistencia a que una y la misma vara sirva para todos, el débil y fuerte".

La evaluación generalizada mete mano en todo lo que existe y lo transforma en **cosa evaluada**. Así Milner nos alerta ante el gobierno de las cosas que conviene a quien quiere imponer silencio y es el discurso anti político por excelencia. Las cosas nos gobiernan a través de los hombres, de los informes, de las encuestas, las estadísticas en sus jergas administrativas y de tecno estructuras.

Por otra parte al no tener contenidos propios la

evaluación no es evaluable. Es la posición del ser supremo: el que evalúa y no puede ser evaluado. A la paradoja de la evaluación o del peritaje se suma la del evaluador que para evaluar requiere de criterios que no tiene.

Finalmente Milner se pregunta cómo puede ser que algo tan practicado en todo el mundo esté basado en un error. De la misma manera, dice, en que el mundo entero de una u otra forma cree en Papá Noel (un padre bueno) y su contracara, el padre que castiga. Cree en que de una u otra manera acá o en otra vida los buenos serán recompensados y los malos condenados. Esto conlleva un efecto de infantilización planetaria. Donde lo más interesante es que no se necesita un amo que imparta esta modalidad: cada quien se convierte en uno que asume sobre sí el lugar de evaluador, se naturaliza el control. La necesidad del ser hablante de crearse una autoridad a la que someterse tal como Freud la constata tempranamente. Uno se hace agente sin haberlo decidido, por una especie de inercia.

La evaluación conlleva el control social y deja el sufrimiento liberado a su suerte. Eso ocurre en el dominio de la salud en general. Y en consecuencia rechaza a los que se ocupan del sufrimiento porque no es pasible de peritaje porque el sufrimiento **que existe sólo por la palabra** no se controla, no se evalúa. Hay una imposibilidad interna que conlleva la pretensión de evaluar lo singular. La evaluación y lo singular se excluyen por estructura.

Entonces tenemos la política de nuestro siglo, el hombre reificado, *la política de las cosas* al decir de Jean Claude Milner: evaluar a los sujetos como sujetos es marcarlos "con el sello de lo inerte".

A ello podemos oponer la política de los casos, del síntoma.

El rechazo a la práctica del psicoanálisis puede agregar a la lista una razón: se rechaza por lo que no se deja medir, por lo insustituible en cada caso que es también lo que dificulta la trasmisión.

Patricia Fryd
Diciembre 2012

Ensayos de Investigación

Andrea Buscaldi

Psicoanalista.

Integrante del Equipo Adultos Mañana del C.S.M N° 1

Programa de Investigación en Psicoanálisis de Consultorios Externos del Centro de Salud Mental N° 1 "Dr. Hugo Rosarios"

Investiga variaciones en duelo y rituales funerarios en Occidente. Publicó ensayos y artículos sobre el tema.

Autora del blog: abiertoXduelo.blogspot.com.ar

CERCA DE BARTHES (1)

"Me interesa el lenguaje porque me hiere o me seduce"

Roland Barthes

En las solapas de sus libros, R.B. es presentado como semiólogo, crítico y ensayista francés. Sin embargo, sus textos resisten a ser reducidos a un lugar o sección de biblioteca. Alguna vez, R.B. se definió a sí mismo como un sujeto incierto: demasiado literario para los lingüistas y demasiado lingüista para los críticos literarios. Su herramienta fundamental fue la semiología pero re definiéndola y en ruptura con la hegemonía académica de su época.

DOXA

En Mitologías R.B. reflexiona sobre algunos mitos de la vida cotidiana que alimentan el imaginario colectivo. En nuestra subjetividad de época, ese imaginario es "nutrido" fundamentalmente por los medios de comunicación de masas (2). Esos nutrientes conforman La Doxa. Oculta bajo diversas mascaradas: la simple opinión, un sentido en común, una supuesta realidad objetiva y por lo tanto, única.

R.B. denuncia a esos "nutrientes" por su efecto tóxico y/o anestésico, ya que en su naturaleza anida imponer falsas evidencias como si fueran verdades naturales o eternas. La Doxa debe ser revelada siempre como un prejuicio sin su máscara. En

consecuencia, subvertir el Viejo Texto de la Cultura y des-cubrir sus renovadas vestiduras -desde la ironía socrática hasta la moral psicológica de la unidad- ha sido siempre el espíritu de su práctica y desde donde invita a ser leído: "...el paradigma se deslizará, el sentido será precario, revocable, reversible, el discurso será incompleto" (3). Márgenes, grietas y restos: la práctica barthesiana se hace excéntrica y siempre en fuga.

SEMIOLOGÍA

Sobre la semiología, R.B. señala que una nueva ciencia lingüística no debería estudiar los significados sino "el progreso de solidificación, su espesamiento a lo largo del discurso histórico; esta ciencia sería, sin duda, subversiva, al manifestar más que el origen histórico de la verdad su naturaleza retórica, lenguaraz" (4). Para R.B., el método es el lenguaje reflexionándose a sí mismo. Y su relato, una puesta en escena quebrada y dispersa. Porque todo enunciado acabado es ideológico y todo discurso repetido, antiguo.

LENGUAJE Y LENGUA

R.B. parte de una definición: el lenguaje es una legislación y la lengua su código. Sobre la lengua, como ejecución de todo lenguaje, pone lupa en su carácter asertivo fundante. Carácter imperativo... o imperialista dirá. La negación, la duda, la suspensión del juicio, entre otros (5) funcionan como suplementos de la lengua. Especie de súplicas

dirigidas a modular su implacable poder de comprobación.

Haciendo de esa condición de la lengua un centro de gravedad, lanza una afirmación radical: si el fascismo no consiste en impedir decir sino en obligar a decir, entonces, toda lengua es fascista. Porque lejos de ser un instrumento para comunicar o expresar, la lengua implica una fatal alienación. Apenas hablo, soy hablado.

LITERATURA

Si el lenguaje es el Imperio, no puede haber libertad sino por fuera de él. Pero no hay exterior humano al lenguaje sin pagar el precio de lo imposible. R.B. cita como excepciones que confirman la regla a Joyce y Bataille. Señala entonces una única "salida": hacerle trampas a la lengua dentro de su seno mismo. Extenuar el signo en lugar de engañarse con su aparente naturalidad. (6). A esa revolución permanente del lenguaje, a esa lengua fuera del poder, le llama literatura (7).

TEXTO

Para R.B., la literatura no es un cuerpo o serie de obras. Tampoco un comercio o sector de enseñanza. La literatura no "está" sólo en aulas y librerías. Literatura es "la grafía compleja de la marcas de una práctica, la práctica de escribir" (8). En ese sentido, literatura y texto son sinónimos.

R.B. ubica al texto como núcleo de la práctica de escribir. Porque el texto es tejido significativo donde aflora la lengua para ser combatida o desgarrada. Sobre el texto ideal como horizonte, señala su materia prima esencialmente plural y reversible. La estructura del texto plural no está hecha de significados, es más bien una "galaxia de significantes": una nominación en devenir. Y su vía de acceso no será a través de una puerta principal sino de múltiples entradas o puerta giratoria.

LEER

Cuanto más plural es un texto, menos está escrito antes de ser leído (9). Al texto plural le corresponde

por añadidura una lectura plural. Para R.B. leer no es un gesto parásito, porque el lector que se aproxima a un texto es una pluralidad de otros textos. Y al leer, no lee un texto: lo produce. Leer es un trabajo de lenguaje: cuando leo, escribo mi lectura.

ESCRIBIR

Es escritor todo sujeto de una práctica, la práctica de escribir (10). Se trata de practicar la escritura (11), y no de ser escritor. La palabra ser deja de referirse a un atributo para pasar a definir una práctica (12). Una práctica particular. Que implica de manera ineludible, la experiencia del lenguaje. Porque escribir no es usar las palabras como si fueran adornos de un pensamiento, o instrumentos al servicio de comunicar.

Por el contrario, la escritura es un ser total. Su esencia es flaubertiana: no tiene un fondo y una forma, porque son exactamente la misma cosa (13). En consecuencia, no se trata sólo de qué se escribe sino también de cómo se escribe. O más extremo aún: cómo se escribe es igual a qué se escribe. R.B. define al escritor como un piensa-frases. Porque un escritor no es quien se expresa mediante frases, sino quien las piensa.

FORMA

Toda escritura debe transgredir "las formas esclerosadas, fáciles, agradables" (14), afines a la Escritura-Doxa. El pastiche, la elipsis, la frase, el fragmento y el haiku (en lugar de la Máxima): son herramientas de la práctica barthesiana destinadas a evitar la imposición de totalidad como forma ideal del texto. (15)

EXCURSIÓN

Dice R.B. que "una despiadada tópica regula la vida del lenguaje... el lenguaje proviene siempre de algún lugar" (16). Llama a esos lugares: sociolectos, una suerte de guetos discursivos. ¿Puede ser un texto por fuera de esos guetos? Si bien el texto plural no está por fuera del lenguaje, es atópico por excelencia. No proviene de un lugar o campo

discursivo rector. Por eso, sus líneas significantes migran diseminando el sentido.

Leer a Barthes supone entrenarse en su propuesta. Y practicar el psicoanálisis no nos exime de esa condición, más bien nos habilita. Porque practicar el psicoanálisis, ¿no es acaso tener cierta sensibilidad...por el lenguaje? (17) O por lo menos intuir que, en el mejor de los casos, hablar es un problema (18). Porque hacer la experiencia de la lengua es hacer la experiencia de "... su profundidad", y no "... de su instrumentalidad o su belleza" (19)

De ese modo, es posible leer en Barthes: goce, placer, real, y sin embargo no acceder a una definición predeterminada o única. Definir la escritura como una práctica perversa porque el placer de escribir no tiene función y un escritor no produce nada; al lector como un voyeur que observa en forma clandestina el placer de otro (con minúscula); y al texto como cuerpo erógeno que promete placer en la intermitencia de su ritmo: son "ejemplos" de lúdica barthesiana significativa en el corazón mismo de una moral o discurso de época. Un oxímoron, un chiste, ¡o un escándalo!: unir perverso a escritor, voyeur a lector, y texto a placer, en lugar de a biblioteca.

PERLAS SUELTAS

Ensayo: "Género ambiguo donde la escritura disputa con el análisis..." (20)

Investigación: "Se enseña lo que no se sabe, eso se llama investigar..." (21)

Enseñar: "...lo que puede resultar opresivo en una enseñanza no es finalmente el saber o la cultura que vehiculiza, sino las formas discursivas a través de las que se lo propone..." (22) Señala como herramientas óptimas: la fragmentación si se escribe y la digresión si se expone.

Psicoanálisis: "El monumento psicoanalítico debe ser atravesado, como las calles admirables de una gran ciudad, calles a través de las cuales se pueda jugar,

soñar, etc.: es una ficción". (23)

Notas:

1. La primera versión de este texto fue escrita hace dos años y su título era "A cerca de Barthes". Con el tiempo reveló un problema: había en ese texto cierta ilusión de totalidad. En este caso en particular, obra barthesiana y totalidad son un oxímoron. Esta segunda versión es el resultado de un trabajo en dos direcciones: fragmentación de la unidad (cuerpo del texto) y expansión de elipsis (Notas). Con respecto al cambio del título -"Cerca de Barthes"- responde a la idea de un trabajo de escritura -una práctica, le llama RB- y no a la pretensión de escribir sobre...

Este texto se escribe en el marco del Proyecto de Investigación en Psicoanálisis del Centro 1. A esos dos términos: investigación y psicoanálisis, se le sumó un tercero: el ensayo.

¿Qué es una investigación? Interrogante que en esta oportunidad deja entre paréntesis otro interrogante: si la investigación es patrimonio exclusivo de las ciencias duras. El punto es: para quienes practicamos el psicoanálisis, ¿qué es investigar? Una posible vía de acceso es la planteada por RB en "Por dónde empezar": "...desde que la investigación interesa al texto, la investigación se convierte a sí misma en texto." Una investigación -o cualquier "tipo" de escritura sobre nuestra práctica- más allá de cuál sea su origen o su causa es "a falta de naturaleza", lenguaje. Y el resultado de esa investigación -para decirlo simple, la diferencia entre lo que se busca y lo que se encuentra- es un texto (esa es la palabra que usa RB. para designar la materia de eso que llama la práctica de escribir. Por supuesto, hay otros discursos y por lo tanto otras categorías para nombrar esa materia significativa.)

Sobre el tercer término mencionado -el ensayo- una nota más adelante. R.B. lo define como tensión entre escritura y análisis.

2. Los medios de comunicación -hegemónicos en especial- más que reflejar la "opinión de la gente", la forman.

3. Barthes, R. (2006). El placer del texto: seguido por

xLección inaugural de la cátedra de semiología lingüística del Collège de France pronunciada el 7 de enero de 1977. Buenos Aires. Siglo XXI. Pág. 12.

4. Op. Cit. 3. Pág. 31.

5. Por ejemplo, el uso de tal vez, quizás, acaso, etc.

6. R.B. llama subversión sutil del lenguaje a aquella que no se interesa directamente en la destrucción, esquiva el paradigma y busca un tercer término. Pero ese término no sería producto de una síntesis superadora. Es un término excéntrico: un signo re pensado para ser decepcionado mejor. Da el ejemplo de Bataille, quien en lugar de usar como antónimo de pudor: libertad sexual, le opone la risa.

Freud también produce en acto una subversión del relato cuando enuncia como regla fundamental el par asociación libre/atención flotante. En la Interpretación de los sueños, señala que la brújula de la atención flotante son los elementos triviales o mínimos del relato. Otro vector de la escucha es la duda y la negación. Por otra parte, el chiste, considerado una formación del inconciente: ¿no es acaso un signo decepcionado?

7. Es interesante la diferencia que establece R.B. entre ciencia y literatura. La literatura no sabe sobre algo, como la ciencia. La literatura sabe de algo y por eso trabaja en los intersticios que deja la ciencia. La literatura pone en escena el lenguaje en lugar de utilizarlo.

8. Op. Cit. 3. Pág. 98.

9. No recuerdo quien decía "no escribo lo que pienso, escribo para saber qué pienso".

10. Una obviedad, no se es escritor porque no se es analfabeto, o porque se practica el verbo escribir.

11. Cito tres formas de entender esa práctica. Flaubert: la palabra justa. Proust: la memoria total. Hemingway: 0 % inspiración, 100% transpiración.

12. Oscar Masotta rehusaba nombrarse analista. Se consideraba un practicante. La palabra práctica evita la idea de analista como atributo del ser. Un analista no es, practica. Además tiene la ventaja de no portar un sentido fijo, importado de una disciplina X, como sucede por ejemplo con la palabra clínica. Por otra parte, la expresión "Clínica psicoanalítica" causa un

particular efecto: clínica es el sustantivo y psicoanálisis... el adjetivo que lo califica para la ocasión.

13. Escribe Flaubert en su diario: "Para mí, en tanto no me hayan separado en una frase dada la forma del fondo, sostendré que esas dos palabras están vacías de sentido".

14. Barthes, R (1981). El Mundo de Roland Barthes. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina.

15. Circula un chiste o moraleja sobre el oficio de escribir. Se refiere al efecto que causa en un potencial lector, un texto largo y compacto.

_ ¿Qué le pasa al texto antibarthesiano?

_ Padece de asma.

_ ¿Por qué?

_ ¡Le falta aire!

En un primer contacto del lector con ese texto -antibarthesiano- se produce una especie de efecto rebote: no hay por donde entrar. O una claustrofobia al revés.

Es cierto que la extensión de un texto no es garantía de nada. Hay textos largos buenos, cortos malos y viceversa, porque no se trata de la extensión en sí misma (aunque la consigna: menos es más, suele ser premisa de taller de narrativa). Se trata más bien de una falta en el origen que hace imposible decir todo. O que inaugura el relato a partir de una falta como causa. Falta de relación entre lo real y el lenguaje. Escribe R.B.: "Desde la antigüedad...la literatura se afana por representar algo...lo real...Los hombres no se resignan a esa falta de paralelismo entre lo real y el lenguaje, y es este rechazo...el que produce, en una agitación incesante, la literatura..." Sobre el oficio de escribir, Hemingway enuncia la teoría del iceberg como paradigma en la construcción de un cuento: 10% en la superficie, sostenido en un sólido 90% por debajo. Importa no sólo qué se dice sino qué se dice con lo que no se dice.

Con respecto a la metáfora del texto compacto, se trata en general de problemas de puntuación y de edición. R.B. aconsejaba la fragmentación como estética de escritura. Por supuesto, la literatura está llena de geniales excepciones. Una: Juan José Saer

era un maestro de las oraciones interminables.

16. Op. Cit. 3. Pág. 42.

17. Y no por la psicología del paciente o el drama de su novela familiar. Sensibilidad por el lenguaje es advertir, por ejemplo, que decir “familiarmente” en lugar de familiar, no es un simple error de pronunciación. O, en registro psicopatología de la vida cotidiana: ¿es lo mismo decir que “fulano no es cobarde”, en lugar de calificarlo directamente como valiente? Sobre esa diferencia, alguien podría justificar que en definitiva es un modo de decir. Justamente, es ese modo de decir y no otro. De esa sensibilidad se trata, ni más ni menos.

18. Dice, E. Cioran: toda palabra es una palabra de más. Otro modo de acercarse a ese “problema” es la diferencia entre enunciado y enunciación (escribe RB en “Por donde empezar”: “En la escritura, la enunciación decepciona al enunciado bajo el efecto de lenguaje que lo produce.”). También “La interpretación de los sueños” y “El chiste y su relación con el inconciente”. Para empezar...

19. Op. Cit. 3.

En ese sentido, no es menor sólo la atención sobre qué y cómo se escribe, sino también quién escribe. En definitiva, se trata del texto sobre una práctica. Texto de un analista. Sino, se transcribe una anamnesis al pie de la letra y listo.

Otro aspecto para analizar es la distinción que suele establecerse entre escritos “teóricos y clínicos”: o se escribe teoría, o se escribe clínica. ¿Existe esa disyuntiva? La noción de ciencia conjetural rompe con la antigua antinomia acción-conocimiento. La práctica del psicoanálisis consiste en “la articulación temporal entre la acción del saber y el acto de producirlo” (Jorge Jinkis, Conjetural 7). O un saber hacer teórico. Eso pondría en cuestión la idea de que fulano es buen teórico pero mal clínico, o al revés. Una cosa no podría ser sin la otra. Mejor dicho, no habría dos cosas.

20. Op. Cit. 3, Pág.91.

21. Op. Cit. 3, Pág. 116.

22. Op. Cit. 3, Pág.113.

23. Op. Cit. 14, Pág. 145.

Bibliografía

- Barthes, R. (2006). El placer del texto: seguido por Lección inaugural de la cátedra de semiología lingüística del Collège de France pronunciada el 7 de enero de 1977. Buenos Aires. Siglo XXI Editores.
- Barthes, R. (1981). El Mundo de Roland Barthes. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina.
- Barthes, R. (1974). Por dónde empezar. España. Editorial Tusquest.
- Barthes, R. (2005). La preparación de la novela. Argentina. Siglo XXI Editores.
- Cioran, E. (1995). El ocaso del pensamiento. España. Ed. Tusquets.
- Freud, S. (1986). La interpretación de los sueños. Tomos V y VI. Argentina. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1986). El chiste y su relación con el inconciente. Tomo VIII. Argentina. Amorrortu Editores.
- Jinkis, J. (1985). “Una virtud estocástica” en revista Conjetural Nro 7. Ed. Sitio, BsAs, agosto 1985, p 9 y ss

Claudio Panetta

Lic. en Psicología

Integrante del equipo Adolescentes y adultos jóvenes tarde del C.S.M N° 1

Programa de Investigación en Psicoanálisis de Consultorios Externos del Centro de Salud Mental N° 1 "Dr. Hugo Rosarios"

Un comienzo posible

En este ensayo me propongo reflexionar sobre el inicio del tratamiento de un paciente psicótico de 32 años de edad, que llevaba aproximadamente ocho años de internación en un hogar con centro de día, a quien denominaré C de ahora en adelante.

Hacía un año y medio que me encontraba trabajando en la institución cuando el psicólogo de C se aleja de la misma (yo ya había trabajado con C en distintos talleres durante ese período). Luego de una salida de fin de semana a su casa C regresa junto a su madre, quien enterada de la renuncia del psicólogo de su hijo se muestra alterada.

En ese momento nos encontrábamos 3 psicólogos, quienes tratamos de tranquilizar a la madre, quien raudamente contagiaba su estado de ánimo al hijo, en esa instancia se me ocurre interrumpir la escena preguntando a C si ya había desayunado, quien responde que no, por lo cual le pido que me acompañe a ver si había quedado algo para desayunar, pregunto en la cocina y me quedo tomado un te junto a C, luego me comentan que la madre de C quedó asombrada con el hecho de que su hijo se haya podido retirar con total tranquilidad.

C pasaba por períodos relativamente largos en los cuales seguía las indicaciones tanto de los profesionales como de los auxiliares, sin cuestionamientos; así mismo accedía a distintos pedidos de su grupo de pares. En otros períodos C contestaba de forma agresiva y generaba altercados con sus compañeros, además de tener una escasa o nula participación en los talleres, cosa que no ocurría anteriormente. C se encontraba en este último

período cuando soy designado como su nuevo psicólogo.

Parecía dar cuenta del estado de C lo escrito por Freud en su texto lo inconsciente "El estudio de la esquizofrenia nos ha impuesto la hipótesis de que, después del proceso represivo, no busca la libido sustraída ningún nuevo objeto, sino que se retrae al yo, quedando así suprimida la carga de objeto y reconstituido un primitivo estado narcisista, carente de objeto" (1). Hablando también en el texto de la incapacidad de transferencia de estos pacientes, de una singular repulsa del mundo exterior, de la aparición de indicios de una sobrecarga del yo, y de la más completa apatía.

Si bien C tenía la capacidad de recordar las fechas de cumpleaños de sus compañeros y de las personas que trabajaban en la institución, además de poder precisar en que día de la semana acontecían los mismos (tanto en fechas pasadas como futuras); en ocasiones irrumpía en el lugar donde se encontraban guardadas las historias clínicas para tomar la suya y corroborar su fecha de nacimiento. De esta misma forma decía no recordar el día y hora de sus sesiones y al avisarle que era el momento de su sesión C se hacía el desentendido. Esta actitud me trajo a la memoria algunas ocasiones en las que C se negaba a saludar y luego al poco tiempo se mostraba ofendido porque no lo habían saludado, luego recordé que C una vez me había comentado que como podía ser que su psicólogo no lo quería atender (cosa que me había parecido poco factible).

En Freud podemos leer: "en la producción de síntomas de la paranoia resalta, en primer término, aquel proceso que designamos con el nombre de

proyección. En él es reprimida una percepción interna, y en sustitución suya surge en la conciencia su propio contenido, pero deformado y como percepción externa. En el delirio persecutorio, la deformación consiste en una transformación del afecto: aquello que había de ser sentido interiormente como amor es percibido como odio procedente del exterior" (2).

Nasio, en su libro *Los más famosos casos de psicosis* nos dice: "más allá de las reversiones, de las inversiones proyectivas de las fórmulas freudianas de la frase "lo amo", lo importante estriba en el tratamiento del lenguaje que allí se expresa. A fin de explicar los movimientos psíquicos que se dan en la psicosis, en el delirio, Freud hace hablar al sujeto, le concede la palabra. Es un modo de poner en palabras la posición subjetiva. Lo cual ya es un intento de instalar un intercambio posible" (3).

Lo que se me ocurrió hacer al pensar sobre la particularidad del paciente, fue ir a decirle en el día y horario de sus sesiones, en el lugar que se encontrase, que era el momento de su sesión y que si

quería hablar de algo yo me iba a quedar unos minutos con él. Sin exigirle que hablase, solamente me quedaba junto a él. Al poco tiempo era el mismo paciente quien me decía "licenciado acuérdesese que hoy tenemos la sesión".

Leemos en Freud (*La iniciación del tratamiento*) "El primer fin del tratamiento es siempre ligar al paciente a la cura y a la persona del médico. Para ello no hay más que dejarle tiempo. Si le demostramos en sesión interés, apartamos cuidadosamente las primeras resistencias y evitamos ciertas torpezas posibles, el paciente establece en seguida, espontáneamente tal enlace y agrega al médico a una de las imágenes de aquellas personas de las que estaba habituado a ser bien vista".

Piera Aulagnier habla sobre una apertura de la partida en la psicosis: "no sólo el abanico de las aperturas posibles está limitado por exigencias metodológicas que sólo parcialmente son modificables, sino que siempre nos veremos precisados a elegir una apertura compatible con la singularidad del otro jugador, con la particularidad de sus propios movimientos de apertura" (4).



"El Patrón de alienación"
Tinta s/papel
Agosto 2000
Verónica Viñas

Así mismo nos dice que tanto en la neurosis como en la psicosis, una buena apertura es lo que mas garantías ofrece que el lugar ocupado por el analista inicialmente, no va a quedar fijado de una vez y para siempre, ya sea debido a los movimientos de apertura tanto del analista como del analizado. Dando cuenta además que en el caso del psicótico mucho antes de encontrarse con nosotros ha dejado de creer que en el juego de su vida pudiera encontrar jugadores diferentes de los ya conocidos. Primero se encuentran los representantes que su propia psique se ha formado de los padres; y después esos mismos representantes, se los envía en la forma de voces, de perseguidores que le advierten que la partida esta trampeada o perdida de antemano, y que no se puede evitar que el sujeto en el curso de la partida nos haga ocupar uno de esos lugares. "Uno no puede ni debe oponerse a ese mecanismo proyectivo, pero tenemos que intentar, con variables perspectivas de éxito, probarle al sujeto que en ciertos momentos, más o menos fugaces, podemos también estar en otro lugar" (5). Tratando de hacer sensible al sujeto lo que dentro de esta relación no se repite, lo diferente que ella ofrece, lo no experimentado todavía.

Colette Soler en *El inconsciente a cielo abierto de la psicosis*, nos dice sobre los pacientes psicóticos que "por más que estén fuera de la transferencia, como fuera de discurso, estos sujetos no dejan de establecer una eventual relación de confianza con sus semejantes. No es una transferencia propiamente dicha, pues la transferencia es una relación simbólica que incluye al sujeto supuesto al saber, en lo que el esquizofrénico no entra. Pero deja un lugar posible a la relación de objeto, a la vez imaginario y real, que se presta a confusión con la transferencia, y de lo que a veces se pueden obtener algunos efectos. Es dudoso que sean analíticos pero a veces pueden ser beneficiosos para el sujeto"(6).

El tratamiento de C paso por diferentes momentos, pero creo que la mayor parte del tiempo mi función fue la de ser una especie de mediador entre algunas de sus necesidades (por ponerle un nombre) y el funcionamiento de la institución en la cual él estaba viviendo, el afuera, su familia, y dentro de esta especialmente su madre.

Otros pormenores del caso quedarán pendientes para otra ocasión, ya que en esta instancia mi propuesta ha sido la de analizar las circunstancias particulares del comienzo de este tratamiento.

Bibliografía

- Aulagnier, Piera (1986) "Las entrevistas preliminares y los movimientos de apertura", en *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. Buenos Aires. Amorrortu
- Freud, S. (1912) "Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico", en *Obras Completas*. Traducción, Luis López Ballesteros. Madrid. Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1913) "La iniciación del tratamiento", en *Obras Completas*. Traducción, Luis López Ballesteros. Madrid. Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1915) "Lo inconsciente", en *Obras Completas*. Traducción, Luis López Ballesteros. Madrid. Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1910) "Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia ('Dementia Paranoides') Autobiográficamente descrito", en *Obras Completas*. Traducción, Luis López Ballesteros. Madrid. Biblioteca Nueva.
- Nasio, Juan David (2001) "Un caso de Sigmund Freud, Schereber o la paranoia", en *Los más famosos casos de psicosis*. Buenos Aires. Paidós.
- Soler, Colette (1999) "El llamado esquizofrénico", en *El inconsciente a cielo abierto de la psicosis*. Buenos Aires. JVE Ediciones.

¹ Sigmund Freud: *Lo inconsciente*, pág. 2078

² Sigmund Freud: *Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia*, pág. 1520

³ Juan David Nasio: *Los más famosos casos de psicosis*, pág. 63

⁴ Piera Aulagnier: *Las entrevistas preliminares y los movimientos de apertura*, pág. 178

⁵ Piera Aulagnier: *Las entrevistas preliminares y los movimientos de apertura*, pág. 179

⁶ Colette Soler: *El inconsciente a cielo abierto de la psicosis*, pág. 117

Luiz Octávio Martins Staudt

Licenciado en psicología por la Universidade Federal do Rio Grande do Sul

Funcionario de la Universidade Federal do Rio Grande do Sul. Miembro del equipo técnico de la Clínica de Atendimento Psicológico.

Ex Integrante del Programa de Investigación en Psicoanálisis de Consultorios Externos del Centro de Salud Mental Nº 1 "Dr. Hugo Rosarios"

Entre el cuerpo y el goce del Otro: Lectura psicoanalítica de un caso de "auto-agresión"

Introducción

Este ensayo es fruto de los estudios que he podido realizar durante los cinco meses de mi pasantía por el Centro de Salud Mental Nº 1, Dr. Hugo Rosarios (Centro Uno), durante los cuales tuve la oportunidad de conocer y participar del trabajo desarrollado por los equipos de consultorios externos y hospital de día. La participación en seminarios, supervisiones, co-admisiones, talleres y otros dispositivos de la institución, relacionados a mi experiencia anterior en el psicoanálisis, suscitaban un creciente interés por diversos temas, de los cuales elegí la cuestión de la auto-agresión. Esta elección tiene por base, además de mi interés por el tema, las dificultades y preocupaciones inherentes, por parte del analista, en los tratamientos que abarcan ese tipo de práctica. Este ensayo es la producción de un recorrido respecto del tema de la auto-agresión a partir del abordaje psicoanalítico, entretejido con datos de un tratamiento realizado en mi institución de origen.

La idea de este escrito surge a partir de la atención a una paciente en el dispositivo de "entrevistas iniciales" de la "Clínica de Atendimento Psicológico" de la "Universidade Federal do Rio Grande do Sul", institución que mantiene convenio con el Centro Uno desde el inicio de este año.

Las "entrevistas iniciales" son muy semejantes al dispositivo de admisión del Centro Uno, inspiradas en las entrevistas preliminares de Jacques Lacan, cuyo objetivo principal es la transformación de una mera queja del paciente en demanda de análisis, así como la verificación de la posibilidad de adhesión del paciente a las reglas del tratamiento (según Freud nos enseña, la única regla del psicoanálisis es la asociación libre) y de la institución, incluyendo la cuestión de los honorarios, de la derivación, las reglas de asistencia, entre otras. En este primer momento del tratamiento, el paciente también completa una ficha con datos personales y el consentimiento informado sobre la posibilidad de la utilización del material de su tratamiento para futuras investigaciones epidemiológicas.

Como he dicho, lo que inspira este escrito es el material de la paciente referida; por lo tanto, empezaré describiendo algunos sucesos del tratamiento, y después, a partir de este material, haré un recorrido teórico que pueda ayudarnos a ubicar la cuestión de la auto-agresión en la clínica psicoanalítica.

Desde ya, es importante cuestionar la exactitud del término auto-agresión, sea por ubicar al sujeto en tanto produciendo una agresión contra sí mismo (lo que no es necesariamente verdadero desde la realidad psíquica del sujeto), sea por consagrar un punto de vista o un discurso fijo, congelado, que nada tiene que ver con el psicoanálisis. De cualquier manera, hecha la relativización del término, continúo la investigación.

Breve Presentación del Caso

Z. es una chica de catorce años que vive con su tía (hermana de su padre), su tío (el marido de la tía) y sus primos. Dice que estuvo enamorada de su primo que estudia medicina, enamoramiento que llama "pasión platónica", pero que ahora, según Z., es pasado. Considera curioso el hecho de haberse enamorado de ese primo, ya que abomina los médicos. Refiere que no le gustaría consultar a un psiquiatra, pues piensa que los medicamentos la esclavizarían. La paciente dice que ya tomó medicamentos durante un tiempo y no se sentía bien, aunque las otras personas le decían que parecía estar mejor. Dice que se siente engañada por venir a la Clínica, porque la coordinadora de su escuela le dijo a su familia que la chica debería venir por problemas en los estudios, principalmente matemática, lo que, según la paciente, no parece ser el verdadero motivo.

La madre de Z. murió cuando ella tenía tres años de edad, por una bala perdida. Sabe poco de la historia de la vida de su madre. Por ejemplo, no sabe cuántos años tenía cuándo murió. Dice que nunca visitó su tumba. Z. llegó a vivir con su padre por un tiempo después de la muerte de la madre, pero dice que él una vez le pidió a Z. que palpase su pene, que le hiciera masturbación. Después la llevó a la iglesia. Y ella piensa que por eso odia a las iglesias hasta hoy. Dice que no cree a Dios.

La paciente dice que no le gustan las discusiones y que cuándo se encuentra muy deprimida se corta. Tiene pensamientos sádicos respecto de otras personas, se imagina molestándolas y cuándo se siente muy triste se corta. Corta sus muñecas y sus muslos, pero últimamente no se corta más las muñecas porque las otras personas lo empezaron a notar. Z., entonces, tiene por costumbre usar pulseras o brazaletes para esconder los cortes. Durante las "entrevistas iniciales", Z. dice que inventó una nueva manera de cortarse. Cuándo siente ganas de llorar, se muerde y el aparato dental "hace estrago". Dice que no le gusta llorar porque demuestra debilidad frente a las otras personas. Casi

no mira al analista durante la sesión y dice que lo hace para no llorar. La paciente afirma que sus cortes no son intentos de suicidio.

Sin embargo, Z. dice que le gustaría morirse joven. Afirma que adora a Marilyn Monroe, así como a otros artistas muertos, como Maysa (la cantante brasileña), John Lennon, Kurt Cobain, entre otros. Según ella, su biblia es un libro de Vinícius de Moraes, un poeta brasileño que falleció hace más de veinte años. Z. dice tener mucho respeto por todas las formas de vida. Cuenta la historia de un amigo suyo, llamado Vinícius, que mató a una hormiga y la quemó con alcohol. Z. dice que tiene que perdonar a ese amigo por lo que hizo. La paciente dice que le gustan mucho los inciensos. Siente que su alma vuela junto al humo. Z. dice que no tiene miedo de morirse, pero tiene miedo de no existir, esté ella viva o muerta.

Trae un libro de recortes a la sesión. En este libro hay imágenes de Marilyn Monroe, Kurt Cobain, Maysa. Trae también poesías que escribe. Lee una poesía que habla de tristeza, nubes oscuras y lluvia. Lee cartas que escribió a Marilyn Monroe. La paciente dice que escribe cuando se siente mal. Pero cuando la sensación es muy desagradable, no lo soporta y se corta. Dice sentirse mal en días nublados, como si hubiera perdido el contacto con el sol. Muestra al analista una hoja de su cuaderno con un poco de su sangre, y otras con varias poesías. Cuenta que desde que empezó el análisis, busca no cortarse más. Pero a veces no puede soportar.

Afirma que considera más fácil, más seguro amar a los muertos, ya que tiene miedo de perder a las personas. Confiesa que algunas de sus amigas la consideran una puta porque, por carencia, se relaciona con algunos chicos. En una de esas relaciones, el chico nota los cortes en los muslos de Z. y dice que la chica es "muy loca".

En una de las sesiones la paciente relata que escribió una carta a su madre, como el analista la había solicitado (esta es la interpretación de la paciente a una intervención del analista, que le había preguntado a Z. si alguna vez había escrito una carta a su madre en el momento en que la paciente

muestra las cartas que escribió a Marilyn Monroe). La paciente había dicho que nunca había escrito una carta a su madre, que es "como una diosa" para Z. En la misma sesión, lee algunas poesías y habla del amor que tiene por algunas amigas, pero no sabe cuán sincera es cuando dice a las amigas que las ama. Trata a las amigas como si fuera madre de ellas, y dice que adoptó a un chiquito en la escuela, a quien trata como si fuera su madre.

En una sesión, Z. llega al tratamiento con el brazo izquierdo vendado. Cuenta que iba hacerle un favor a su tía y agarró una lasaña en el horno de microondas. Por descuido, derribó la lasaña en el suelo, siendo que un trozo de lasaña hirviendo cayó sobre su brazo. Z. se quedó como paralizada mientras la comida quemaba su cuerpo, y fue la tía quién sacó el trozo de su brazo ya con quemaduras de segundo grado.

Sobre la Auto-Agresión

La bibliografía respecto del tema de la "auto-agresión", para mi sorpresa, es muy escasa. Como sabemos, ni Freud ni Lacan han tratado específicamente el tema que elegí desarrollar en este escrito, ya que no se encuentra en sus respectivas obras ningún caso clínico en lo cual el paciente haya mencionado o puesto en acto, así dicho, ese tipo de comportamiento. A excepción de un trabajo presentado por Daniel Zimmerman, autores más recientes del abordaje psicoanalítico tampoco se han inclinado al tema, lo que tornó mi búsqueda, en un primer momento, muy frustrante.

A partir de eso, en mi recorrido teórico sobre el asunto, busqué diferentes autores que hayan escrito sobre temas que, al menos aparentemente, parecieran bordear la cuestión de la "auto-agresión". Así, pude encontrar, principalmente en las investigaciones respecto del fenómeno social de los tatuajes y piercings, así como en escritos que tratan de la cuestión del suicidio y del sacrificio, material interesante y relevante al ensayo que me propongo. Empiezo el recorrido con Daniel Zimmerman que, recientemente, en la XI jornada de carteles de la

Escuela Freudiana de Buenos Aires, junto al cartel "El cuerpo en psicoanálisis", presentó un trabajo sobre el tema de la auto-agresión. En su investigación, Zimmerman plantea que los cortes que los pacientes hacen en sus propios cuerpos serían un intento de suplencia a la necesaria separación entre cuerpo y goce.

A partir de la enseñanza de Lacan, Zimmerman afirma que el cuerpo se sostiene en tanto despedazado y de los cortes que delimitan los bordes de las zonas erógenas. El autor sigue el rumbo del objeto y dice que, siempre que haya eficacia en separar el cuerpo de su goce, cuando haya la hiancia creada por la eficacia del corte simbólico que instituye un límite, un borde a la zona erógena, ahí se puede alojar el objeto "a", objeto causa del deseo.

El objeto "a", en la obra de Lacan, está ubicado en tanto punto de anudamiento entre los tres registros, Real, Imaginario y Simbólico

Así, según la lectura que se puede hacer de lo que plantea Zimmerman, en estos pacientes la falla del corte simbólico, la no separación eficaz entre cuerpo y goce, hace irrumpir la angustia. La angustia ahí surge en tanto señal de peligro. Es la señal del peligro de cerramiento de la hiancia entre el goce y el cuerpo, lo que pondría al sujeto en una relación de absoluta sumisión al goce del Otro.

A partir de ahí se desprende que los cortes y distintas formas de "auto-agresión" surgen como un recurso de alivio de la angustia que irrumpe, en tanto recurso de mantenimiento de la subjetividad frente al goce del Otro, un goce que amenaza cualquiera de los rasgos de deseo del sujeto. En este sentido, nos dice Zimmerman, no debe ser enfatizado el dolor, sino las marcas que, en mi lectura, surgen como rasgos de ley, de tachadura de este Otro cuyo goce se presenta en tanto excedente e inefable, ya que parece haber una falla o insuficiencia respecto de los interrogantes por el deseo del Otro.

El objeto "a", en la obra de Lacan, está ubicado en tanto punto de anudamiento entre los tres registros, Real, Imaginario y Simbólico.

Así, según la lectura que se puede hacer de lo que plantea Zimmerman, en estos pacientes la falla del corte simbólico, la no separación eficaz entre cuerpo y goce, hace irrumpir la angustia. La angustia ahí surge en tanto señal de peligro. Es la señal del peligro de cerramiento de la hiancia entre el goce y el cuerpo, lo que pondría al sujeto en una relación de absoluta sumisión al goce del Otro.

A partir de ahí se desprende que los cortes y distintas formas de "auto-agresión" surgen como un recurso de alivio de la angustia que irrumpe, en tanto recurso de mantenimiento de la subjetividad frente al goce del Otro, un goce que amenaza cualquiera de los rasgos de deseo del sujeto. En este sentido, nos dice Zimmerman, no debe ser enfatizado el dolor, sino las marcas que, en mi lectura, surgen como rasgos de ley, de tachadura de este Otro cuyo goce se presenta en tanto excedente e inefable, ya que parece haber una falla o insuficiencia respecto de los interrogantes por el deseo del Otro.

El énfasis en las marcas en vez del dolor es muy importante desde el punto de vista de un diagnóstico diferencial, ya que, según el autor, el énfasis en el dolor trae necesariamente la consideración de un supuesto masoquismo, lo que no está de acuerdo con los conceptos de Zimmerman. Para el autor, se trata antes de un intento, quizá un último recurso del sujeto para mantener la separación entre cuerpo y goce sin la cual la angustia, fruto del exceso del goce del Otro, amenaza la subjetividad.

Así, toda la cuestión parece resumirse a un intento desesperado de reafirmación del Nombre-del-Padre, como plantea Lacan, en tanto marca de la unión de los tres registros: Real, Imaginario y Simbólico. No me parece demasiado recordar que, mientras el cuerpo pertenece al registro de lo Imaginario, el goce pertenece al registro de lo Real, siendo el goce del Otro, como podemos ver en el esquema lacaniano del nudo borromeo, por un lado, el punto de relación entre los dos registros y, por otro, el punto de relación con el objeto a que, a partir de su agujero, anuda los dos registros anteriores con el registro

Simbólico.

Entonces, así como el síntoma denota un exceso de goce fálico y la inhibición denota un exceso de goce de sentido, la angustia es lo que denota el avance del goce del Otro sobre el sujeto, el exceso de este goce que trae la amenaza de disolución del Nombre-del-Padre, exigiendo del sujeto los recursos inherentes al registro Simbólico. Como se puede ver en el caso clínico que traigo y que posteriormente examinaré, los cortes serían una respuesta a esta exigencia en sujetos cuya capacidad de simbolización, por diferentes motivos, esté ineficaz. En el área de psiquiatría, el DSM-IV no registra ninguna categoría diagnóstica respecto de la "auto-agresión". Ya el futuro manual de trastornos mentales, el DSM-V, en fase de consulta, propone una nueva categoría diagnóstica, aun en revisión propuesta por la American Psychiatric Association (APA), bajo el nombre de "non suicidal self-injury". Algunas de las condiciones para la formulación del diagnóstico son: que, en los últimos 12 meses, el paciente se haya intencionalmente lastimado al menos cinco veces sin la intención de suicidio (según las informaciones prestadas por el propio paciente o según su conocimiento de que las heridas no sean potencialmente letales); que los propósitos de dichas lesiones no sean socialmente sancionados (por ejemplo, tatuajes y piercings); y que el comportamiento no sea de naturaleza trivial (como comerse las uñas). El comportamiento también no debe estar relacionado exclusivamente a estados psicóticos, delirantes o de intoxicación. Además, las lesiones deben estar asociadas a algunos otros tipos de comportamiento.

La inclusión de la nueva categoría diagnóstica del DSM-V demuestra la evolución de este fenómeno de "auto-agresión" desde el punto de vista epidémico, siendo esta la única razón de su presencia en este escrito. El psicoanálisis, a diferencia de la psiquiatría, se ocupa del sujeto y de su saber respecto de su padecimiento (sujeto del Inconsciente). Me parece importante, por lo tanto, aclarar las razones de esta alusión, ya que, según nos enseña Lacan, el discurso

del psicoanálisis son radicalmente distintos.

Siguiendo el recorrido teórico, Marta Gerez Ambertín, en su libro, "Entre deudas y culpas: sacrificios", ofrece un punto de vista interesante a la investigación de la auto-agresión. Tratando la cuestión del sacrificio, la autora va a plantear que si la falta en el Otro refiere tanto al límite de la significancia y de la castración, como al que impone el objeto "a" desde su agujero en lo Real, entonces, a partir de la tachadura del Otro surgen dos interrogantes extremadamente opuestos. Por un lado, desde el límite del significante y de la castración simbólica surge el interrogante que sostiene la posición del sujeto y hace posible la separación con el Otro: Que (me) quiere el Otro? Por otro lado, desde el litoral de lo Real surge un imperativo atroz que no genera interrogante sino que ordena el reparo de la falla con el ofrecimiento sacrificial, imperativo este que pone en riesgo el sostenimiento de la subjetividad porque cede en la separación con el Otro.

De la contribución de Ambertín se puede concluir que la auto-agresión parece denotar una ubicación intermedia del sujeto en relación a estos dos extremos, donde surge un sacrificio del propio cuerpo, se me permite decir, justamente allí donde falla el interrogante del deseo del Otro y la angustia frente al goce del Otro se torna insoportable. El sacrificio representado por los cortes, desde este punto de vista, aparece como recurso para apaciguar el deseo del Otro respecto de lo cual nada se sabe (como he dicho anteriormente, la capacidad de interrogar este deseo está impedida o ineficaz, lo que tiene como consecuencia el avance del goce del Otro), intento destinado al fracaso en función de la insistencia pulsional. O sea, al mismo tiempo que busca la separación del Otro, sutura momentáneamente la angustia

A continuación, en la primera edición de la revista "Lapsus Calami", en el artículo "Hay un único síntoma social: todos somos proletarios", Roberto Harari, tomando los fenómenos de las tatuajes y los piercings, escribe sobre la cuestión de la falla del

síntoma que trae como consecuencia el síntoma social. Según el autor, el síntoma social surge entonces en tanto marca que substituye la disfuncionalidad del síntoma, y tiene por objetivo, así dicho, la obturación de cualquier punto de angustia a partir de la incitación del imaginario social a la suposición de que se puede salir de la condición proletaria (en el sentido lacaniano) mediante este tipo de prácticas que él califica, no sin restricciones, de masoquistas.

Lo que me gustaría subrayar del artículo de Harari es la cuestión de la falla del síntoma y su relación con la angustia. Quizá se pueda pensar, dentro de lo que plantea Ambertín, el fenómeno de los tatuajes y piercings también como una forma, aunque en una graduación mucho menor de riesgo de la subjetividad por ineficacia simbólica, de inscribir en el cuerpo la separación con el Otro. Lo que plantea Harari, sin embargo, es la eficacia de esta inscripción en tanto escamoteadora del síntoma por un juego de identificaciones. De acuerdo con Mercedes Moresco en la nota de lectura respecto del artículo de Harari, el autor "habla, entonces, de 'promocionar' el síntoma, siguiendo a Lacan, por lo que se desprende como consecuencia una 'teoría' del paciente que muchas veces contribuye a entender o malentender la proposición que subyace de no acallar el síntoma para que diga lo que tiene que decir".

En cuanto a la cuestión de las "auto-agresiones" propiamente dichas, no me parece haber dudas en relación a la necesidad de posibilitar, desde el posicionamiento del analista, y desde su deseo, la emergencia de los interrogantes que puedan, a partir del cuestionamiento del sujeto por el deseo del Otro, crear las condiciones para el acotamiento de un goce que demanda un sacrificio continuo por parte del sujeto en este caso.

Análisis del Caso

La primera cuestión que se destaca en el caso que examino es la relación de la paciente con sus figuras parentales. Por un lado, se destaca la relación con esta madre que falleció en un accidente (bala

perdida), y respecto de la cual la paciente poco o nada sabe. Por otro lado, está la relación con un padre que falla en su función de corte de las relaciones incestuosas y goza de la paciente.

A partir de eso, se puede percibir en este enamoramiento en relación a su primo, el estudiante de medicina, las reminiscencias de la relación incestuosa con el padre. El hecho curioso, como nos dice la paciente, de amar a su primo, aunque abomine los médicos, parece llevarnos directamente a la relación ambivalente con el padre, de amor y odio, que es establecida a partir de una situación de abuso. Así, percibimos una relación de gran desconfianza de Z. con cualquiera de las personas que representen, en sus posiciones sociales, una ubicación que remita a la figura del padre. La paciente afirma que no le gustan los médicos, no le gustan los psiquiatras, no le gustan los medicamentos, ya que la esclavizarían. También afirma que se siente engañada por una actitud de la coordinadora de su escuela que la encamina a la Clínica por supuestos problemas con matemática. Además, casi no mira al analista por "miedo a llorar" y exponer sus debilidades. Esos hechos parecen demostrar claramente una angustia frente a la posibilidad de sucumbir al goce del Otro, este Otro que la quiere gozar y pone en riesgo su existencia allá de la cuestión de vida o muerte (en la presentación del caso la paciente afirma no tener miedo de morir, pero sí de no existir, esté viva o muerta).

En este caso, notamos que la manera que la paciente encuentra de responder a este Otro es por la vía simbólica de la escritura. Escribe a artistas fallecidos (confía más en los muertos que en los vivos), escribe poesías que hablan de tristeza, nubes oscuras y lluvia. Trae su cuaderno al análisis, lee sus poesías al analista y muestra una página escrita con su sangre, lo que sugiere la relación entre las dos distintas formas de inscribir una separación entre el cuerpo y el goce. Cuando sus poesías y escritos no alivian la angustia, la paciente se corta, se muerde.

Sobre la madre, respecto la cual la paciente poco o nada sabe, podemos decir que ni su muerte ni su

maternidad parecen estar ubicadas simbólicamente. Es una Diosa para la paciente. Z., en su escuela, dice que "adoptó" un chico, a quien trata como un hijo. Trata a las amigas como si fuera madre de ellas. El padre la "abusa" como si Z. fuera su esposa. Por fin, nunca había escrito una carta a su madre, nunca visitó su tumba. La madre no está muerta: vive en la paciente. De ahí se puede inferir cierta falla en la tachadura del Otro (la madre es una Diosa).

Desde este punto de vista, los cortes serían intentos de una inscripción simbólica de origen en la paciente. La sangre en tanto origen ubica el intento de encontrar, en la carne misma, de donde Z. viene, cuál es su origen, de qué manera está ubicada en el tiempo y en el espacio, por así decir, a lo cual solamente un orden simbólico puede responder.

Si la madre vive en la paciente, si nada se sabe sobre ella, hay entonces un congelamiento metonímico respecto de su origen y una total entrega al goce del Otro, sin cortes simbólicos. También se puede decir que parece haber una irresolución patológica respecto del duelo por la muerte de la madre, duelo este imposibilitado por la propia historia de vida de la paciente. Duelo que desencadena miedo (la paciente no confía suficientemente en el otro, no puede demostrar debilidad frente a las personas, no puede llorar) y la angustia representa nada menos que un dejar de existir, tornarse una entidad sin cuerpo, que vuela como el humo de los inciensos.

Las lágrimas de sangre, sin embargo, al mismo tiempo en que producen un alivio a la angustia de dejar de existir, al mismo tiempo reafirman la existencia corporal y la separan momentáneamente del indecible y amenazante goce del Otro, también encubren esa angustia (que nos enseña Lacan que es la oportunidad de emancipación y liberación por parte del sujeto) imposibilitando una salida por la vía simbólica, el posicionamiento del sujeto en el mundo en tanto significantes, parte de una serie significativa, en tanto hija de una madre y un padre que son hijos de sus respectivos padres y madres. Que me quiere el Otro? La carne no responde. Ni la sangre. El Esfinge se impacienta.

Conclusiones

Aunque el diagnóstico diferencial no sea el objetivo de este escrito, me parece importante considerarlo en las conclusiones. En la presentación del caso, no por acaso, termino con un episodio en que la paciente "se deja" quemar por una lasaña hirviendo. Con base en lo que se pudo leer de las manifestaciones de la paciente, concluyo que se trata del caso de una adolescente en que la estructura no está definida todavía, con posibilidades de desarrollo de una psicosis o de una neurosis, dependiendo esta definición de las posibilidades que la paciente pueda encontrar en esta fase tan importante para el establecimiento de la estructura, que es la pubertad.

Las asociaciones y construcciones que se puedan hacer en análisis, a partir de la presencia y deseo del analista, pueden ser decisivas para tal definición. La proposición lacaniana de "promoción" del síntoma, que tomamos de Harari en su estudio del fenómeno de tatuajes y piercings, parece tener un importante rol para que la situación se desarrolle positivamente. Este camino envuelve el fundamental manejo transferencial, la necesaria creación de los espacios (o vacío) en que el sujeto pueda transitar para que, a partir de las intervenciones del analista, pueda instalar las preguntas, los enigmas que posibiliten favorecer la investigación del deseo del Otro y, por consecuencia, el acotamiento de este goce.



"Tácito"
Carbonilla sobre papel
Andrés Vanney

Florencia Villa

Lic. en Psicología

Concurrente, Equipo Adultos Mañana

Programa de Investigación de Consultorios externos CSMN°1 "Dr. Hugo Rosarios"

Los otros en las psicosis

Introducción

"Para mí, lo más difícil es lo social, lo más difícil es compartir ciertos afectos con otros"

Esta frase dicha por un paciente, después de seis meses de tratamiento en el Centro N°1, fue el disparador para escribir este trabajo. Desde el escepticismo respecto de la clínica psicoanalítica de las psicosis, a partir de la noción freudiana de retracción libidinal, hasta la apuesta de Lacan de no retroceder frente a la psicosis, hay una cuestión, quizás pendiente, que decanta: el estatuto del lazo social.

Más aún, en casos donde hay un trabajo del sujeto en su estructura, que le permite una estabilización sin asomos de descompensaciones. En la actualidad, son pocas las psicosis clásicas schreberianas y afloran una diversidad de casos que interpelan nuestra clínica y nos hacen repreguntar sobre nuestro lugar, sobre nuestra posición en los tratamientos de las psicosis.

En este sentido, recordar que el sujeto psicótico se halla fuera del discurso pero no fuera del lenguaje, funciona como garante para evitar caer en los lugares comunes de negativizar la psicosis, en términos de déficit. Lacan es claro al plantear que, en la psicosis, el sujeto no cuenta con el auxilio de un discurso establecido. De esta manera, si el discurso nos normativiza pero el lenguaje nos abarca, ¿cómo pensar el lazo social en la psicosis? ¿Cómo construir

el lazo social en el trabajo analítico? Si se trata de construir, la posición del analista, la enunciada por Lacan, de secretario del alienado, debiera problematizarse.

El caso

El paciente tiene 39 años, vive en la parte de arriba de la casa que comparte con su madre, hermana y sobrina.

Cuando llega a la consulta dice que, desde el año 2002, está enfermo. Asegura que no es algo psiquiátrico sino que se trata de ansiedad. Describe que, en aquel entonces, le temblaba la pierna, que sentía una tensión, mucha presión en el cuerpo. Luego de hacer varias consultas médicas, llegó al Servicio de Psicopatología del Hospital San Fernando, donde le indicaron medicación psiquiátrica. La primera vez que fue a ver a la médica psiquiatra de ese hospital, señala que era verano pero que él usaba una campera porque le enderezaba la espalda. Le dieron medicación y fue sintiéndose mejor: "Salí a andar en bicicleta porque me iba relajando, estaba tranquilo" A lo largo del tratamiento, surgirá que andar en bicicleta le permite relajarse y evitar desconcentrarse.

Hay una cuestión en relación a la toma de la medicación que, con el correr de las entrevistas y por pedido expreso del paciente, se fue acomodando a partir de una derivación psiquiátrica en este Centro. Tratamiento que lleva adelante hasta el día de hoy.

El paciente asegura que sabe cuál es el origen de su enfermedad: estar solo. Cuenta que creció con un

un chico, que iba a su misma clase, hasta los 15 años. Ubica una pelea en el barrio como detonante de la distancia que comenzó a tener con sus amigos. Empezó a andar mal, sentía timidez, inseguridad de andar solo, no podía pegar afinidad con sus compañeros. A los 19 años, su padre tuvo un ACV y luego, una parálisis en la mitad del cuerpo hasta el 2009, año en el que murió. El paciente ubica que ese hecho fue como si lo hubiesen exorcizado porque él tuvo que cuidarlo solo, su madre trabajaba todo el día y su hermana era muy pequeña. Le apareció un problema tonto con la astrología. Al leer libros de astrología, surgió que, por los signos, había personas parecidas a él. No entendía bien cómo era eso. A lo largo del tratamiento, surgirá de ese libro de astrología, una frase que aún hoy le resuena: "cuando una persona piensa en violencia, los pensamientos se hacen cada vez más fuertes y, entonces, la persona sería más violenta". Empezó a pensar que sería lo mismo si uno pensara en pornografía o en sexo. De sus pensamientos, el paciente dice que lo que le pasa es que él quiere entender todo pero que, si bien ahora trata de no hacerlo, los pensamientos lo quieren invadir.

Antes de venir al Centro, hizo otra consulta donde le sugirieron hacer hospital de día y él no fue más porque quería hacer un tratamiento una vez por semana. Pide que no lo rechace y menciona que tiene un problema, que le aparece por momentos. Si mira un dibujo, se queda pegado, mirándolo y trata de entender qué es eso, cómo lo registra. Retiene la imagen de lo que no entiende. "Ese es el miedo. Me cuesta salir porque siento el miedo de desconcentrarme. Por eso estoy acá". Más adelante, ahondará en detalle sobre estas "distracciones", dirá que trata de entender cómo es el proceso visual. Cuando la vista percibe, él no entiende cómo esa imagen llega a la mente y aclara que él no ve ni cosas raras ni escucha voces sino que no comprende la visual de lo que ve. Este problema le surge, incluso, cuando mantiene conversaciones con otros. Dice que cuando habla a la cara, trata de entender qué está mirando. Después vuelve a entrar en armonía.

Cuando se distrae, siente ansiedad, se siente inquieto mentalmente y empieza a perder el equilibrio. Una forma de recuperar la armonía es caminar más lento pero también le funciona con la bicicleta porque es pesada, no va a tanta velocidad y él puede mantener la concentración. Cuenta que hay algo que él hace, que no se anima a salir a la calle si antes no hace un ejercicio de concentración que consiste en prender una vela y mirar la llama hasta que se consume. Este ejercicio, que llama de espiritualidad, lo hace antes de salir porque le da confianza. Sino lo hace tiene que esforzarse mucho en concentrarse, no puede controlar lo que piensa. Recalca que le sirve porque la cabeza no se le va, no piensa tanto. Para tranquilizarse, también escucha música, escucha hablar en la radio. Relata que le gustan las voces muy fuertes y graves, sus bandas favoritas son de heavy metal. Pasa horas al día escuchando música. A lo largo de las entrevistas, surge que también hace trabajos de pintura, que puede hacerlos sin desconcentrarse y sin sentir presión en el cuerpo. Durante el día, también trota en su habitación, en un lugar fijo, porque le quita la tensión. Él dice que se las rebusca. A veces, se sienta en un banco en la terraza y pasa horas pensando. En una oportunidad, dijo que allí había conversado conmigo y que él explicaba cuáles eran los pilares de su enfermedad: su padre hemipléjico, no trabajar, estar solo y, luego de vacilar, dijo que el cuarto pilar era no estar en pareja. Durante este verano, el paciente manifiesta que quiere terminar sus estudios y que se va a anotar en un colegio de adultos. En el mes de marzo, comenzó las clases. Las últimas entrevistas versaron sobre los chicos y las chicas que conoció. Él se define como muy conversador, sobre todo, con ellas. El primer día de clases conoció a una chica que le gustó pero pensar mucho en ella le hizo sentir presión. Al día siguiente, tuvo que hacer una hora de gimnasia, sobre el lugar, para bajar la tensión. Por otra parte, supone que los otros chicos también se distraen, porque lo que él tiene es contagioso, como si la distracción se transmitiese mentalmente. Pero hay algo que le da confianza: hablar en forma

inteligente, no natural, porque es su forma de cuidarse. "Para mí, lo más difícil es lo social, lo más difícil es compartir ciertos afectos con otros"

Algunas consideraciones sobre el caso

Colette Soler plantea que hay un trabajo en las psicosis, es decir, diferentes modos en que el sujeto puede alcanzar una estabilización. Este trabajo es divisorio de aguas entre el sujeto psicótico "mártir del inconsciente", referencia tomada de Lacan, y el sujeto psicótico en las tentativas de una solución. Por otro lado, el término lacaniano de suplencia, en la clínica de los nudos, permite ir más allá del desencadenamiento en la psicosis para pensar en enganches y desenganches. En definitiva, con ambas miradas, se logra teorizar sobre un dinamismo en la estructura, instrumento necesario para pensar la clínica analítica.

Este paciente está provisto de una diversa cantidad de recursos que le permiten evitar el encuentro con lo real y, de esta manera, sostenerse en su estructura: los ejercicios de espiritualidad, andar en bicicleta, escuchar música, caminar más lento, pintar, hacer gimnasia en el lugar, son sus formas, singulares, sus tentativas de solución.

Pero lo que permanece como talón de Aquiles en su estructura, y constituye la apuesta en el trabajo analítico, es el lazo social. El paciente adjudica su soledad como el origen de su enfermedad. Durante 20 años, estuvo solo. El retrimiento libidinal de los objetos del mundo exterior al yo es claro. Entonces, la pregunta que surge es ¿se trata de restituir ese lazo? Y más aún, ¿cómo pensar el encuentro con el analista?

La brújula para dilucidar esta cuestión es la hipótesis de pensar que el encuentro con un analista podría funcionar, en el mejor de los casos, como disparador para lograr un lugar diferente y singular de ese sujeto en el Otro, sin que éste adquiriera el estatuto de gozador, siempre acuciante. Aunque resulte necesario señalar la advertencia freudiana acerca de la imposibilidad de la transferencia en las "psiconeurosis narcisísticas", hoy la clínica de la

psicosis nos interpela, nos abre a las preguntas.

El paciente, desde el inicio, planteó su pedido: un tratamiento psicológico para finalizar sus estudios y comenzar trabajar. Pero no en cualquier encuadre, no en el dispositivo de hospital de día. En ese instante, acompañando esa negativa, pide que no lo rechazara. La respuesta fue la de dar lugar, la de alojar a ese sujeto. El paciente nunca ha faltado a las entrevistas, a las que recurre, una vez por semana. Estos encuentros han estado marcados por la presencia del analista y atravesados por la escucha atenta y por el acompañamiento al testimonio del paciente. Lugar de secretario del alienado. En relación a esta posición, la consigna es evidente: el analista no debe intervenir con la interpretación porque corre el riesgo de provocar descompensaciones o desencadenamientos. Ser receptor de un testimonio pero también intervenir en el sentido de orientar el goce, goce desregulado en la psicosis.

Durante las últimas entrevistas, el paciente ha comenzado a construir algo nuevo en relación a los otros. El hecho de que sus distracciones sean susceptibles de transmitirse mentalmente podría tener una función tranquilizadora, sería una forma de no hallarse en un lugar diferencial, solo en su padecimiento. En tal caso, podría pensarse como una invención que se arma en el tratamiento analítico. Pero también podría suceder todo lo contrario, es decir, que aquello que comienza a armarse con los otros se le termine imponiéndose desde lo real. De esta manera, quizás resulte preciso detallar si el paciente es quien transmite la distracción o, si por el contrario, la transmisión proviene del Otro, que implicaría, para el sujeto, quedar en la posición de objeto.

Por otra parte, su artimaña para estar allí con sus compañeros en el colegio, hablar en forma inteligente, fue un modo que comenzó a tejerse, tras avances y retrocesos, en el tratamiento analítico. Él lo señala como un modo de cuidarse de los otros. La amenaza del Otro parece estar siempre presente.

La pregunta que surge es qué estatuto presenta el

recurso de hablar en forma inteligente ¿Sería su modo singular de estar con el Otro, de poder relacionarse, de establecer un orden, sin que se le vuelva opresivo? O por el contrario, ¿sería el inicio de un lazo arrasador?

En definitiva, tanto lo que el paciente describe como la transmisión mental de su distracción como su modo de hablar en forma inteligente, podrían ser del orden de la invención, de un trabajo en la psicosis, o, por el contrario, su reverso, es decir, la manifestación fenomenológica más primaria, más elemental, de su estructura. En esta línea, Miller, en su texto La invención psicótica, enuncia una diferencia radical entre aquellos sujetos que alcanzan a hacer del lenguaje un instrumento y aquellos que permanecen

como instrumentos del lenguaje.

La clínica lacaniana considera necesario, para los diagnósticos diferenciales, reconocer la estructura en los fenómenos. Poder hacer una lectura de los detalles es intrínseco a la figura del analista y constituye una cuestión crucial para el transcurso de este tratamiento.

Desde la presentación de los fenómenos, es una delgada línea la que separa aquel sujeto "mártir del inconsciente", el que padece de su estructura, de aquel sujeto trabajador, el que con sus elaboraciones puede dar respuestas, como intentos de curación. Y en esa línea, en ese espacio, es fundamental la posición del analista en su modo de lectura y en su modo de intervención.

Bibliografía

Lacan, J. El Seminario. Libro 3 "Las Psicosis", Ediciones Paidós, Buenos Aires, 1983.

Miller, J. "La invención psicótica", Artículo publicado en Virtualia. Revista digital de la Escuela de Orientación Lacaniana,

Soler, C. "El trabajo de la Psicosis" en Estudios sobre las psicosis, Buenos Aires, Manantial, 1991.



"Raiz" serie Capullos
Lápiz s/papel
Agosto 2000
Verónica Viñas

María A. Harguindey

Psicoanalista

Integrante del Equipo Adultos Mañana del C.S.M N° 1

Programa de Investigación en Psicoanálisis de Consultorios Externos del Centro de Salud Mental N° 1 "Dr. Hugo Rosarios"

"A medida que el lenguaje se hace más funcional, se vuelve impropio para la palabra, y de hacérsenos demasiado particular pierde su función de lenguaje"

Jacques Lacan, p. 237

"El hombre viene al mundo para asemejarse al hombre".

Piere Legendre, p. 48

Una economía de *ser* sustentable para un *sujeto*

Rutas, calles, rotondas, caminos, avenidas, autopistas, sistemas de conexión vial, planificaciones urbanas, trazos de comunicación vehicular; éstos son los temas que apasionan a Emilio desde pequeño. Las noches lo invitan a menudo con pesadillas donde sólo hay imágenes de asfalto y concreto, nadie que habite y ninguna señalización que le permita ubicarse.

Por unos días de insomnio y alteración que lo sorprendieron en la adolescencia, recibió varios años de medicación antipsicótica. Le llevó más de una década descubrir que las pastillas, aunque le "permitieron seguir viviendo", tenían un costo que ya no quería afrontar, el "atontamiento". Por eso las suspendió por su cuenta y pidió tratamiento psicológico en el centro 1. Desde entonces han pasado algunos años, durante los que fue atendido en forma individual (otros profesionales lo atendieron antes de que me fuera derivado). Emilio dice que estos tratamientos se interrumpieron porque los psicólogos se cansaron de él, debido a que es sencillamente insoportable y a su invariable fracaso en salir adelante. Dice que "cualquiera se

frustraría" de ver que a pesar de todos los esfuerzos, no "salga adelante".

En su memoria conserva un registro copioso de intervenciones que acontecieron durante esos tratamientos. Algunas le sirven para presentarse, y explicar su problema a partir de fórmulas que aplican como aquello que mejor lo describe. Distinto lugar tienen las intervenciones que lo sorprendieron, las que no comprendió, las que incluso discutió, y que retornan para ser reconocidas como aciertos cuando nuevas situaciones de la vida lo dejan azorado. Es entonces cuando, de su archivo de observaciones rescata algo que le sirve para armar una respuesta a su problema. A partir de ese momento considera aquella intervención como un acierto, queda integrada como algo útil, un decir autorizado que oficia de referencia, una verdad. Ante una creciente sensación de ser burlado por los otros, por ejemplo, recordó que tal licenciada le dijo una vez que él tiene que poner límites, observación que lo ayudó desde a partir de allí a reorientar su experiencia pasando del énfasis en la crueldad del otro a la importancia de crear sus propios medios para defenderse. Concluye entonces que la licenciada "dio en el clavo". El clavo es él, en el sentido de lo fijo, repetitivo e insoportable (así se siente). Convencido de que en su vida algo

falló, oscila entre diferentes justificaciones para esa falla. Las hipótesis varían entre un déficit biológico hasta la cuestión ambiental, desde lo estropeado de la genética paterna hasta las falencias de una educación que le birló enseñanzas fundamentales. Entonces, también es un clavo, pero en el sentido de que requiere ser fijado para no desprenderse de un muro.

“El miedo a pensar fuera de toda consigna ha hecho de la libertad, que tanto ha costado, una prisión, y del discurso sobre el hombre y la sociedad, una lengua de plomo”.
(Legendre, 9).

Padece continuamente la sensación de ser exigido y presionado por la sociedad para alinearse a sus mandatos, ante lo cual reivindica el derecho a la oposición, a no responder a las expectativas de los otros, a construir otros modelos, hacer nuevos caminos. La presión social es un ataque homicida contra la particularidad de su existencia. A veces sus únicos recursos para defenderse son arremeter contra las pautas, los valores, las reglas de comportamiento y los símbolos, con conductas escandalosas. También odiar, reservarse un profundo aborrecimiento que expresa en variedad de insultos. Pero no estamos frente a uno que exhibe la escena donde despliega su goce, sino frente a uno que intenta, en esa manobra desesperada, sacudir la certeza de ocupar el lugar de objeto para el goce de otro.

“Al desertar del vacío, olvidamos que al hombre le hace falta una escena y que, sin los artificios que le permiten a aquel habitar la separación de sí y de las cosas, el lenguaje se desploma para volverse consumación de señales”. (Legendre, 18)

¿Cómo lograr que él pueda participar de lo social, ser parte de lo general, sin resignar las excepciones que hacen a su identidad? ¿Cómo encontrar una forma de lazo con los otros sin sentirse industrializado, fagocitado por el sistema? ¿Cómo hacer que su vida, en definitiva, sea soportada en lo social y sostenible

así para él?

Partir de la conmoción del traumatismo del lenguaje que bloquea las formas del ser -en términos de “se es o no se es”, para desplazarse -sin el auxilio de un discurso establecido- a la invención de una relación con el Otro donde la sustentabilidad se consiga en el calado de la brecha entre lo simbólico y el decir, y así el sujeto ex-sista; ése es el trabajo de Emilio, y el mío es sostenerlo en la orientación de ese trabajo. Así es que en general intervengo para producir algún sosiego cuando la tarea lo desespera. Por ejemplo suministro variantes a los modos en que interpreta a los otros. Frente a la intención de maltrato que atribuye a enemigos ocasionales, observo la posibilidad de hilvanar otras causas en la vida de esos otros, que hubieran motivado los actos (por cierto inequívocos) de desprecio sobrevenidos contra él. También cuando confirmo su derecho a ser diferente, apunto al lugar donde él se reconoce.

“... en Occidente y en todas partes, se trata siempre de salir de la matriz y de separarse del Abismo indecible”.
(Legendre, 15)

En una ocasión, tal vez simplemente por interrumpir el flujo narrativo dominado por la ausencia de afectividad, me abandono a la pena por el fallecimiento de su madre. Con lágrimas en los ojos (los míos) le digo lo que siento, que esa pérdida debió ser tan dolorosa. Se sorprende y dice “¿crees que pudo haber sido un trauma?”. La pregunta transmite cierto sobresalto, hasta júbilo como quien encuentra una novedad. Si la muerte y el trauma se conectan, entonces la existencia y la historia podrían ligarse.

En las sesiones que siguen relata sueños donde despide a su madre, y llora la soledad en que quedo por esta partida. Propuse, de algún modo, un trauma. Podríamos llamarlo pilar de referencia, factor organizador para el montaje de una historia que pueda responder sobre la “rareza” subjetiva.

La construcción de una escena asociada a un incidente, lo transforma en acontecimiento sobre el

cual se desprende un saber en donde hasta el momento se ignoraba. La singularidad de Emilio no queda en su discurso fundada exclusivamente en su ser fallado sino que se asocia a sus experiencias, incluso cuando las relaciones no son fácilmente visibles. Esta novedad permite tratar la cuestión como algo propio y no como una condena impuesta frente a la que solo se puede sobrevivir.

"... cuando los humanos no soportan más la palabra, reaparece la masacre. Las civilizaciones son la fábrica de las palabras y se fabrican con palabras. Ellas enseñan al hombre el vacío y la separación que hacen posible el hablar" (Legendre, 17)

El problema es la falta de libertad, como siempre, pero no suscribir a los cánones que pautan cada aspecto de la existencia ha tomado el valor de una decisión, de modo que él aquí cuenta como aquel que se da a sí mismo una política (una orientación en lo social) y una ética (por negarse a la masificación sus actos no responden a un deber social sino a lo que pueda construir como respuesta propia ante cada situación). Se ha instalado un punto de capitón, una identificación donde sostenerse.

"La humanidad, en Occidente y en todas partes, siempre supo de esa extraña ley de la especie, ley de la imagen que hace vivir la vida, la imagen del Padre. El animal humano aprende esa ley del Padre a través de la palabra; ella le dice que, para vivir, él debe morir a algo (...) en la humanidad, se dice por todas partes que el hombre debe separarse; se le inflige como ley de la especie el dolor de conocer el límite, la necesidad de una muerte que no es ni el asesinato de sí ni el asesinato de otro. (Legendre, 49/50)

Ahora que se "soporta" (tomo sus palabras), encuentro que estas prótesis que fuimos en su recorrido pueden empezar a desarmarse sin daño. El sistema público que lo auxilió puede liberarse de él no para sacarse un clavo, sino para invitarlo a que él mismo elija un profesional con quien hablar y no quede sometido al que le impone el servicio de salud.

Bibliografía

Lacan, J. (1953). "Función y campo del lenguaje y de la palabra en el inconsciente". En Escritos 1. Buenos Aires, Siglo XXI. 1988.
Legendre, P. (1996). La fábrica del hombre occidental. Seguido de El hombre homicida. Buenos Aires. Amorrortu, 2008.

"Colectivo". Serie Capullos
Tinta s/papel de ilustración
Verónica Viñas



Lic. Carolina Freire

Psicóloga de Planta. CSMN°1 "Dr.Hugo Rosarios"

Miembro del Comité de Docencia e Investigación

Coordinadora del Equipo de Adolescentes y Adultos Jóvenes turno mañana

¿Muerto? ¿Será posible?
¿Acaso su cuerpo, que la luz atravesaba, podía destruirse
por los mismos medios que destruyen nuestros cuerpos?
Guy de Maupassant. El Horla.

El silencio y la angustia en la clínica

La clínica nos interroga constantemente y nos compromete a tener una posición respecto al psicoanálisis y a la época. La tensión entre éste y lo público renueva este compromiso y exige una lectura sobre la clínica. Es por eso que quiero presentarles un caso de un adolescente que consulta a una institución pública. Mi pregunta gira alrededor de ¿cuándo la dificultad aparece del lado de que el sujeto no esté dispuesto a ceder su posición de goce o se trata de que algo no pueda ser dicho en ese momento? ¿Es que algo se ha silenciado o todavía no puede tomar la palabra?

Daniel llegó al Centro de Salud Mental N° 1 derivado del Htal. De Niños, luego de una internación de 40 días. Presentaba la idea de que un amigo les contó durante un campamento a todos los compañeros que es gay, todos lo saben y lo miran mal. La idea principal consistía en que el padre lo quería matar envenenándolo. Durante un viaje de la madre y las hermanas a la costa, él se quedó "sólo con el padre" y comenzaron a aparecer dichas ideas, por lo que dejó de comer, descendiendo de peso abruptamente. El padre se preocupó por su cambio y cuando volvió la madre lo llevaron al hospital.

Cuando asiste al centro 1 estaba medicado y no se

reconocía en lo que pasó, en su "crisis". Daniel no hablaba mucho, para él era cosa del pasado. Sin embargo, aquello que lo desbordó y de lo cual no podía dar cuenta volverá a surgir irremediamente. ¿De qué se trata esta crisis? ¿Qué estatuto tiene? En su discurso, se escurre, no recuerda, no asocia. Parece que tuviera un peso particular y no pudiera dialectizarse. Mi pregunta giraba entonces alrededor de si el paciente no quería cuestionar acerca de lo que lo trajo al tratamiento o si simplemente no podía. Algo es ese momento no era posible que entrara en el dispositivo.

Daniel no tenía amigos, sus "mejores amigas son sus hermanas". De su familia hablaba muy poco. Sus hermanas -menores- tenían amigos y salía a veces con ellas. Creía que la hermana le había contado al padre que era gay pero no sabía si era así. Con su mamá tenía más confianza, hablaba y creía que sabía la verdad de su orientación sexual. Su relación era cercana, ella lo aconsejaba, le recomendaba y buscaba trabajos para él. En una entrevista con la madre ella se mostró muy preocupada por su hijo, no sabía qué iba a hacer de su vida laboral, lo veía "raro", como si él no pudiera hacer las cosas solo ni valerse por él mismo. Con su padre la relación era distante, no tenía confianza. El padre tenía un "trabajito", era chofer.

Daniel consiguió un trabajo en un local de comidas rápidas y lo echaron a los dos meses. Posteriormente trabajó un día como vendedor y renunció al día siguiente. Él quería un trabajo cerca, que le pagaran bien y en el momento: quería ser volantero. Aparece acá un acercamiento al padre, algo que intenta responderse aunque la asociación entre un trabajito de chofer y el volante-ro, todavía no surge.

Trajo un sueño en el que el padre quería asfixiarlo con una almohada mientras estaba en la cama. Dijo que es una idea que tenía de antes pero nunca había dicho y asoció que el padre no iba a aceptar su sexualidad y que, al ser al único hijo varón, se perdía la transmisión del apellido. Vuelve a aparecer la tensión con el padre, en donde el acercamiento de éste marca que la sexualidad y la muerte también se acercan.

Otro sueño, o mejor, pesadilla: “entro a un baño y hay otros hombres. Uno se acerca con intenciones sexuales y veo que el tipo no tenía pene, tenía un agujero. Salgo corriendo y me despierto”. Este sueño lo puso muy mal, se incomodaba al contarlo y recordarlo. Al pedirle asociaciones pudo decir que el agujero no era una vagina, era “como tener al culo adelante”. No sabía si el agujero lo tenía desde que nació o por qué estaba allí. No reconocía a la persona, pero creía que por el aspecto podía ser Tomasito, el hijo del mediático Guido Suller, aunque se cuestiona si Tomasito era “el hijo de verdad o adoptado” de éste. Social y televisivamente, Guido y Tomasito se presentan como padre e hijo del corazón, no biológicos; pero dejan entrever asimismo, que pueden ser pareja. Lo confuso entre padre e hijo parece representarse en la elección de estos personajes. Aquí el que toma la iniciativa ya no es el padre, es un hijo que, por lo que él dice, trae la pregunta sobre el lugar del padre.

Recibí sorpresivamente la llamada de la madre diciendo que su hijo estaba mal, lo había medicado sin autorización de la psiquiatra y pedía traerlo. Decidí escucharlo y apareció la angustia. La familia fue derivada al equipo de familia pero abandonó el tratamiento a los pocos meses. De su crisis, Daniel

dijo que pensó en una amiga de la hermana y se excitó. “No se si me gustan las mujeres o no” –se preguntaba. Pensaba en una imagen de esta chica, no había una escena armada, no había texto de ella, no producía efectos cuando la volvía a ver en distintas ocasiones. Después de algunos meses confesó que se ha masturbado pensando en ella, sin embargo, no la ubicaba como una chica que le gustaba. Parecería no enlazarse con el deseo sino quedar acotado a esta imagen y en una satisfacción autoerótica que no lo enlaza con el otro. ¿Por qué la angustia ante esto? ¿Qué denuncia?

Otra escena que llamó “crisis” o “mini crisis” ocurrió una noche escuchando a su amiga cantar en un bar. Pensaba en un chico del colegio que le gustaba, pero no sabía si era gay. No hablaba con él y tampoco lo veía. Este chico era el más lindo del colegio, alto, rubio, de ojos claros, “le gusta a mi hermana, bueno a todas las chicas”. Toda la información la sacaba de su hermana o de internet. Contó después de un tiempo que con él también se masturbaba. ¿Por qué surge la angustia en este caso?

¿Cuál es el estatuto de estas escenas que lo desbordan de angustia? Daniel se masturbaba tanto con hombres como con mujeres. Sin embargo, estas imágenes o fantasías no le permiten acceder a un objeto sexual, nunca “se comió” –besó- ni a un hombre ni a una mujer, producen angustia y allí aparecen las crisis. En todas ellas, él no se reconoce, como si no fuera él, se siente “raro”, no cree que los demás lo noten al principio -aunque sí la madre posteriormente. ¿Qué sucede allí que él deja de reconocerse en las escenas, solamente por pensar en alguien? ¿Qué de lo siniestro surge allí que rompe su unidad especular y lo desarma?

Siguiendo a Freud en *Introducción del Narcisismo*, es necesario un nuevo acto psíquico para que el narcisismo se constituya. Es decir, que ni el cuerpo unificado ni el yo están desde el comienzo, así como tampoco reemplazan al autoerotismo en una línea continua. Es preciso un salto y una conquista. Por su parte, Lacan ubica el estadio del espejo como el tiempo fundamental de entrada del cuerpo en el

lenguaje y para la constitución del yo en tanto instancia de desconocimiento. La imagen real del cuerpo unificado se sostiene en la imagen virtual proyectada en la que el niño se reconoce. Así, el yo y el otro quedan enlazados en una relación imaginaria determinante. La imagen unificada no es la suma de las cosas y objetos sino una verdad nueva. Sin embargo, Lacan no deja de señalar que es necesario que el niño, en su júbilo por la unificación de su cuerpo que lo rescata de la fragmentación, gire su cabeza y mire al adulto buscando la autenticación, ratificación, aprobación y consentimiento de este Otro hacia esa imagen virtual -yo ideal- en la que quedará coagulado.

Ambos autores coinciden en que la relación del sujeto con el lenguaje y el mundo exterior no es ni directa ni sencilla. Justamente, el sujeto como efecto del lenguaje tiene posicionarse respecto a él. Su lugar, su existencia dependerá del Otro, del exterior. Cae por completo la suposición de un sujeto unificado, completo, consciente de sí mismo; radicalmente, el sujeto se constituye en el afuera y se identifica con algo que no es. La unidad del yo dependerá en adelante de la imagen que le devuelva el espejo. La alteridad, entonces, pone indefectiblemente en cuestión al yo. Las consecuencias del estadio del espejo como formador del yo son fundamentales y decisivas. Aparece un nuevo objeto: el cuerpo. Sin embargo, no toda la investidura libidinal del cuerpo es especularizable y pasa a la imagen especular. Hay un resto, una reserva libidinal que no se ve y aparece como falta. Si algo aparece en este lugar, el sentimiento de extrañeza, de lo siniestro –lo unheimlich- desarma la imagen y surge la angustia.

“En este lugar de la falta en el que algo puede aparecer, puse la última vez, y entre paréntesis, el signo (–φ). Les indica a ustedes que aquí se perfila

una relación con la reserva libidinal, o sea, con algo que no se proyecta, no se invierte en el plano de la imagen especular- es irreductible a ella, por la razón de que permanece profundamente investido en el propio cuerpo -del narcisismo 1º, de lo que llaman autoerotismo, de un goce autista. Es en suma un alimento que permanece ahí para animar, dado el caso, lo que intervenga como instrumento en la relación con el otro...”²

“Este lugar representa la ausencia en la que nos encontramos. Suponiendo, como a veces ocurre, que ella se revele como lo que es- o sea, que se revele como la presencia en otra parte que constituye a este lugar como ausencia- entonces ella manda en el juego, se apodera de la imagen que la soporta, y la imagen especular se convierte en la imagen del doble, con lo que ésta aporta de extrañeza radical.”³

¿Qué surge en esa imagen que lo angustia? ¿Cómo es posible que lo que lo angustia sea al mismo tiempo una imagen de un hombre y de una mujer? ¿Cómo interviene el falo como regulador de la posición sexual?

Freud en el análisis de la fobia de un niño de cinco años destaca el interés de los niños y niñas en el pene, las fantasías, el deseo y teorías sexuales infantiles y su articulación con el Complejo de Castración. Allí dice:

“Su interés por el hace-pipí no es, sin embargo, meramente teórico; como cabía conjeturar, ese interés lo estimula también a tocarse el miembro. A la edad de 3 ½ años, su madre lo encuentra con la mano en el pene. Ella lo amenaza: “Si haces eso, llamaré al Dr. A, que te corte el hace-pipí. Y entonces ¿con qué harías pipí? Hans: Con la cola (popo)”⁴

En este historial freudiano Hans también cuenta algo que ha pensado: “Ha venido el instalador y con unas tenazas me ha quitado primero el trasero y después me ha dado otro, y después el hace-pipí. El ha dicho:

² Lacan, J. Seminario X. Ed. Paidós. Pág. 55

³ Op. Cit . Pág. 58

⁴ Freud, S. Análisis de la fobia de un niño de cinco años, A.E Tomo X, pag. 9

"Enseña el hace-pipi"⁵

Parece que Daniel también está interesado en la sexualidad, perversa, polimorfa e infantil. El sueño de que un hombre puede no tener pene, no termina de articular una explicación sobre dicha ausencia pero sí marca una pregunta por la presencia de este miembro. No sería así una fantasía de castración sino que será necesaria una construcción que de cuenta de esta falta para armar su posición sexuada. Que algo falte, que haya un agujero permite que otra cosa pueda ir a ese lugar. ¿Es que Daniel atravesó en Complejo de Castración o ha tomado otra vía?

"Es sabido que el complejo de castración inconciente tiene una función de nudo (...) en una regulación del desarrollo que da su ratio a este primer papel: a saber

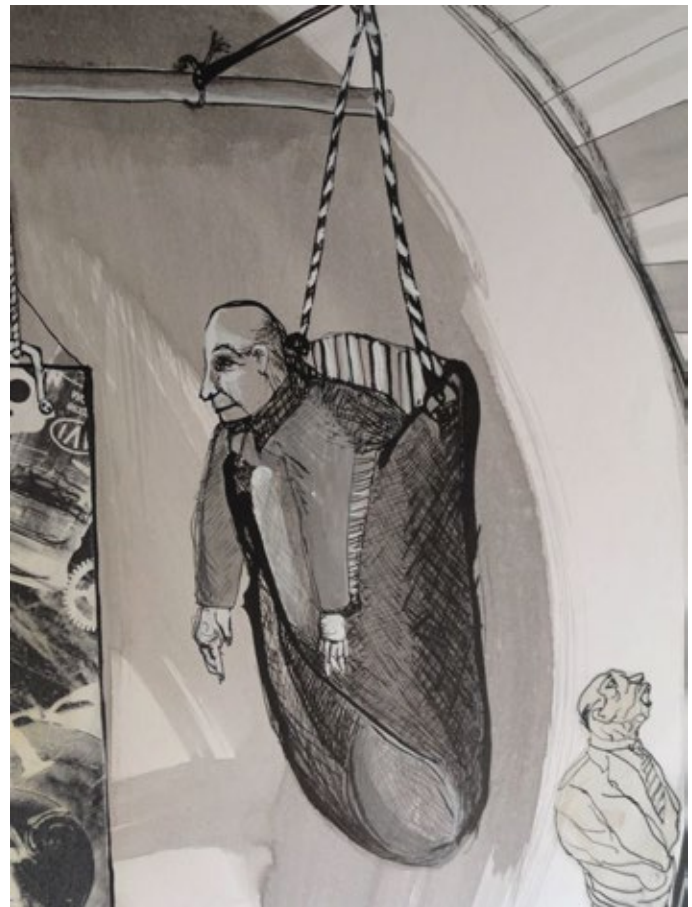
la instalación en el sujeto de una posición inconciente sin la cual no podría identificarse con el tipo ideal de su sexo, ni siquiera responder sin graves vicisitudes a las necesidades de su partenaire en la relación sexual, e incluso acoger con justeza las del niño que es procreado en ellas".⁶

Lo que parece quedar silenciado en este caso es la pregunta por el padre y por el falo. Hay algo de lo que no se habla y este silencio no le permite ubicarse en relación al falo y una posición sexuada, la cual es un punto de llegada, no de partida. Es necesario poner en palabras aquello que lo desborda y no puede nombrar para acceder al deseo. Esto no será posible sin poner a trabajar el estatuto del falo, el objeto y la angustia.

Bibliografía

- Freud, S. Análisis de la fobia de un niño de cinco años, A.E Tomo X,
Lacan, J. Seminario IV. Ed. Paidós
Lacan, J. Seminario X. Ed. Paidós
Lacan, J. La significación del falo. Escritos 2, Siglo XXI editores

"Tiempo pendiente" serie Capullos
Díptico. Collage- técnica mixta
Agosto 2000
Verónica Viñas



⁵ Op. Cit. pag 81

⁶ Lacan, J. La significación del falo. Escritos 2, Siglo XXI editores, p. 665

Intercambios

Carlos Quiroga

Psicoanalista

Co fundador del Centro de Lecturas: debate y transmisión

Titular de las Cátedras: Teorías Psicoanalíticas Contemporáneas y Abordajes psicoanalíticos de la UNLZ

Las lenguas olvidadas e interpretación

Tratándose de la locura y el lazo social, es crucial el debate con aquellas teorías devenidas prácticas que apuntan a la eliminación de las formas de sujeto. El “Hombre Nuevo” de los ideales revolucionarios ha llegado, pero en la forma de “Aparato”. Las posiciones epistemológicas que hacen del cerebro real la causa y no sólo la condición de posibilidad avanzan muy rápidamente.

El desarrollo de la ciencia ha producido una “ideología de lo inhumano” que arrasa ante el retiro del buen Dios y de la caída de los Ideales. El cristianismo produce un dispositivo que rompe la antigua relación materia-cualidad y da sustento estructural al desarrollo del capitalismo. El cambio de la sustancia (el pan-cuerpo de Cristo y la resurrección) es la nueva physis en la que se apoya el cambio hacia un modelo del valor y de lo útil.

Es necesario entonces, abrir un debate amplio desde el psicoanálisis con esas teorías, que muchas de las veces, cuando la honestidad intelectual prevalece, encuentra puntos de contacto y hasta de acuerdo.

En este debate los psicoanalistas no debemos quedarnos solos, necesitamos de los aportes de otros discursos que sostienen alguna forma de sujeto, discursos que, siendo fuertes en otros campos, permitan la defensa de la práctica del psicoanálisis y con ella de la libertad.

“Loro y niño están expuestos al lenguaje, pero sólo el niño está equipado con el algoritmo que hace posible el aprendizaje del vocabulario y la gramática que permite extraer palabras y reglas de la cadena del habla y usarlas para generar un número ilimitado

de oraciones nuevas con sentido. Lo que anima a las cuatro nuevas ciencias es la búsqueda de los mecanismos que hacen posible este aprendizaje. Identificar los algoritmos del aprendizaje que subyacen al lenguaje”. Así, Steve Pinker, psicólogo experimental, catedrático del MIT indica la orientación de su práctica.

A los algoritmos del aprendizaje que subyacen al lenguaje, no duda en llamarlos “algoritmos inconscientes”. La universalidad del lenguaje y la universalidad del diseño del lenguaje idéntico en su estructura a toda lengua (todas hacen uso de verbos, nombres etc.) le hace pensar que el lenguaje es un instinto. Los niños, afirma, balbucean dentro de su primer año de vida. Al año aparecen las primeras palabras, hacia los dieciocho meses las primeras combinaciones; a partir del año una explosión de seis meses se ve florecer toda la gramática de su lengua. Lo que el niño ha hecho es diseñar un algoritmo que tome una muestra de oraciones del contexto de cualquiera de las cinco mil lenguas del planeta y tras asimilarlas producir una gramática para esa lengua. Con un margen de error, significativamente menor que cualquier ordenador artificial.

Otras de las “evidencias” de que el lenguaje es un instinto, es que el niño no adquiere el lenguaje para comunicarse ni para pedir más galletas sino para que su habla se corresponda con la gramática que está adquiriendo. Un programa “inconsciente” que sincroniza el lenguaje del niño con el lenguaje de la comunidad.

No parece para este autor ningún impasse el hecho de afirmar que “el niño hace” una construcción fenomenal de diseño para “sincronizar con su

comunidad" y afirmar a la vez que el lenguaje es un instinto. Pero algo no se entiende ¿es el niño o su cerebro quién realiza la tarea de construcción de su lengua? El cerebro parece ubicado en este esquema más como la causa del lenguaje que su condición de posibilidad. El cerebro "real" es condición de posibilidad de lo psíquico pero nunca su causa. Sabemos ya de sobra que las preguntas por el origen son el mejor camino para perderse. Es entonces que el mito responde, incluso si ese mito resulta científico como el que consigna Umberto Eco en su libro *La búsqueda de la lengua perfecta*. Dice Eco: "Federico II quiso comprobar qué lengua e idioma tendrían los niños al llegar a la adolescencia si no habían podido hablar jamás con nadie. Y para ello dio órdenes a las nodrizas y ayas de que dieran leche a los niños... pero con la prohibición de hablarles. Quería en realidad saber si hablarían la lengua hebrea, que fue la primera, o bien la griega, o la latina, o la lengua árabe; o si acabarían hablando la lengua de sus propios padres, de quienes habían nacido. Pero se afanó en vano, porque los niños o infantes morían todos". SALIMBENE DA PARMA, *Cronaca*, n. 1664.

Hay algunos datos más que sumar a esta historia que parece asegurar que la necesidad del habla es incluso más fundamental que la de la alimentación.

En efecto, Federico II Hohenstaufen, Emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico, Rey de Borgoña, Sicilia, Chipre y Jerusalén, famoso por sus experimentos, tuvo ya un nacimiento confuso. Su madre, Constanza de Sicilia, lo dio a luz en la plaza del mercado de Jesi, cerca de Ancona, para que nadie pudiera dudar que, pese a sus cuarenta años de edad, ella era la madre y él, el heredero legítimo del trono siciliano. Este acontecimiento se realizó luego de un largo período en el que Constanza parecía estéril. No es extraño que haya querido saber en qué lengua hablaría un niño al que se le negó el don de la palabra junto con cualquier manifestación de amor. Tampoco es extraño que Federico llegara a hablar con fluidez nueve idiomas y escribir siete.

Ha sido Gerard Pommier quien hiciera mención a esta referencia primero en su texto sobre el

nacimiento y renacimiento de la escritura y luego en su trabajo sobre neurociencias y psicoanálisis. En este último trabajo dice Pommier: "... desde aquél momento perdido en los anales de la Edad Media existe una contra-experiencia masiva: nadie osaría dejar deliberadamente a un niño fuera del abrigo del habla. Existen potencialidades innatas en el ser humano, pero su realización depende de un factor que no lo es". Más adelante dice: "... jamás se sabrá qué es lo que sólo depende del bagaje genético en un ser cuyos gestos más elementales dependen de su relación con el entorno. Sin el habla, las potencialidades de los genes son letra muerta".

En esta orientación, el lazo al otro se demuestra esencial. D. Winnicott tuvo una gran intuición al asegurar la existencia de "una necesidad de contacto con el otro, una necesidad de ser identificado por otro. El niño balbucea imitando a aquel que habla. Si el otro (la madre) sanciona ese balbuceo inicial como una verdadera comunicación lograda, produce el nacimiento subjetivo de su cría. Su lugar de enunciación anterior a toda significación. Es la madre quién hace existir, si lo puede hacer, a su hijo más allá de ella. El resultado es que el niño por amor admite ser tomado en la lengua del otro. De las huellas mnémicas a las representaciones de cosa (pulsión) el niño acepta el lazo a las representaciones de palabras, que ocurre en esta operación de alienación a la lengua del Otro. La "pérdida" de una lengua privada, un olvido de esa lengua siempre pronta a retornar del olvido en las imágenes del sueño, etc.

Daniel Heller-Roazen, escribió un texto bellissimo y muy contundente sobre el olvido de las lenguajes que llamo "Ecolalias". En este texto recuerda que R. Jakobson escribió en su libro *Lenguaje infantil, afasia y leyes generales de la estructura fónica*: "un niño es capaz de articular en su balbuceo una suma de sonidos que nunca se encuentran reunidos a la vez en una sola lengua". En "la cumbre del período de balbuceo" no pueden fijarse límites a la capacidad fónica del niño que balbucea. Un niño en esta "cumbre del balbuceo" es capaz de adquirir cualquier lengua porque posee aún los sonidos de todas ellas.

Este estado de poliglota universal se pierde en el paso del balbuceo a la emisión de las primeras palabras. La adquisición de una lengua entonces exige la pérdida de muchos sonidos comunes a su balbuceo. Desde las dentales a las constrictivas o fricativas se abre un camino de varios años en los cuales el niño comenzará a dominar los fonemas de su lengua madre.

Roazen se pregunta. ¿Es acaso la lengua madre la que se apodera del nuevo hablante y se rehúsa a dar cabida siquiera a la sombra de alguna otra? Es como si la adquisición del lenguaje sólo fuera posible por un olvido, una amnesia fónica, la de los sonidos de la capacidad infinita para la articulación indiferenciada. Más adelante dice: "Todo se complica aún más por el hecho de que en el momento en que el niño se sume en el silencio, ni siquiera puede decir "yo", por lo que dudamos en atribuirle conciencia hablante. En todo caso, cuesta imaginar que los sonidos que el niño alguna vez pudo producir con tanta facilidad se hayan desvanecido por completo de su voz y hayan dejado nada más que una estela de humo (y el humo es algo).

Entonces, si a partir de la desaparición del balbuceo, nacen una lengua y un hablante ¿dónde queda el carácter instintivo o aún innato del lenguaje? La teoría del "desgaste neuronal" está en todo en concordancia con estas afirmaciones. La función hace al órgano y órgano que no se estimula desde el vamos se atrofia.

En esta orientación se abre la necesidad de Otro al otro que el psicólogo experimental haciendo abuso de las neurociencias quiere evitarse.

El llamado niño, paga con la "pérdida" de un arsenal ilimitado el precio de "incorporarse", no de adaptarse ni de asimilarse, a la comunidad de lengua que pertenece.

Ese precio, S. Freud parece haberlo deducido al plantear la necesidad de existencia de una represión que da origen al yo. Una instancia que se dividirá entre el yo (moi) del espejo y un yo (je) del discurso. Un sacrificio de origen que permite aprender a hablar. Pero ¿no queda nada de aquello que se tragó

el olvido? Roazen dice que si esto fuese así, que algo perdure "sería apenas un eco de otra habla y de algo diferente al habla: una ecolalia, que supo resguardar la memoria de ese balbuceo indiferenciado e inmemorial que, al perderse, permitió la existencia de todas las lenguas". Las "onomatopeyas", tan bien descritas por Jacobson en la adquisición del habla, sean las que dan cuenta de que los niños no abandonan por completo los sonidos cuya articulación olvidan. La lengua materna se vuelve la nuestra, eso no exige el abandono de nuestra lengua privada que se mantiene detrás de la represión. No es lo mismo cuando pensamos que cuando decimos qué pensamos. Esa lengua se manifestará en las imágenes del sueño, en los estados de duermevela en el que Proust escribió gran parte de su obra.

Esta lengua privada ¿no es de la que se sirve el poeta en su labor que hace a la poesía "intraducible? ¿no podríamos nombrar estas ecolalias como lo real de la lengua?

EL modelo de la poesía que adopta J. Lacan sobre el final de su enseñanza parece relacionarse con estas afirmaciones anteriores. "Soy poema y no poeta" afirmaba J. Lacan.

En el Seminario 24, clase 11, J. Lacan afirmaba: "estar eventualmente inspirados por algo del orden de la poesía para intervenir en tanto que psicoanalista. Esto es precisamente hacia lo cual es necesario orientarlos, porque la lingüística es una ciencia muy mal orientada".⁷ No orientada a lo real.

¿Que la inspiración sea del orden de la poesía, no quiere decir que tenemos algo bello que decir! ¡Algo inspirado! La trama no importa mucho, lo que importa es el sonido de los fonemas que tintinean allí. Con la poesía, más que con ninguna otra forma de escritura, ocurre que el sentido viene después de varias lecturas y en cualquier momento. La poesía es una de esas dimensiones del decir en la que la interpretación se apoya. La interpretación en esa orientación es apofántica.⁸ No se corresponde a lo modal en la que se apoya la demanda.

Para concluir estas anotaciones provisionarias, un tema de nuestro Charly Garcia que da cuenta de lo que se

se puede hacer con esa lengua olvidada.

LA CHICA QUE SE ROBÓ AL MUNDO (Charly García)

“Corría el año mil novecientos sesenta y tantos, cuando el disparo de la escopeta del Coronel Díaz destruyó la bocina parlante que interrumpía su sagrada siesta.

Nuestra heroína, conocida en Paso del Rey como “Say”, tuvo que conectar la radio al viejo combinado ortofónico para captar la señal de la pared de sonido. La única emisora que daba noticias de los platillos voladores.

Ella, tenía la manía de robar globos terráqueos de escuelas, instituciones y bibliotecas. Se aferraba al mundo con vehemencia, sintiendo que en parte, ya se lo habían sacado un poco, y no quería perderlo todo.

Una noche de lluvia el tren plateado en donde Say viajaba todos los días en busca de conocimientos imposibles se detuvo misteriosamente, así como los

relojes, los automóviles, y todo aquello que estaba a la vista de los azorados pasajeros. Sólo su radio a transistores siguió funcionando. Repetía continuamente “Clatú”, “Bracta”, “Nicto”, “Clatú”, “Bracta”, “Nicto”.

Dicen que ese mismo día algunos seres espaciales embarazaron a las más bonitas señoras de Paso del Rey. Si alguien te saluda con un “Clatú”, “Bracta”, “Nicto”, o levantando la mano derecha con un brazalete “Say No More”, no dudes en considerarlo un amigo y aliado. Sus poderes telepáticos y telequinéticos son capaces de paralizar la Tierra.”

Así, las lenguas olvidadas son infinitas ya que son de cada uno. No hay nada que pueda contenerlas a stodas porque cada una es no toda. El universal y el particular deben darle paso a lo singular del uno por uno. Cada cual podrá si se anima a “firmar el poema” que por estructura será siempre fragmento de poema.

Carlos Quiroga, verano del 2013

Ivana Mangiaterra

Psicoanalista

Integrante del equipo de Adicciones del CSMN° 1 “Dr. Hugo Rosarios”

Miembro del Programa de Investigación de Consultorios Externos del Espacio de Investigación en Psicoanálisis del Centro Uno.

“No se vuelve loco el que quiere”

Parte de este escrito es el producto de una investigación que estoy desarrollando a partir de la inquietud que la clínica y la teoría me va presentando en el devenir de la práctica analítica.

En este caso la pregunta que subyace, intenta ubicar y/o enmarcar la posición del sujeto del Inconsciente de quien me valdré para pensar algunas cuestiones diferenciales, en la Locura como fenómeno y la Psicosis en tanto estructura (quedando ya delimitada una diferencia).

Hay locos y locos, diferentes tipos de locuras, no es lo mismo, ser loco/a, hacerse el loco, estar loca, paranoico, equizofrénico, entre otras. ¿Cuándo o por qué, se dice "aquel perdió la cordura", "piró", de dónde viene el término cordura? Según la Real Academia Española: (Del lat. cor, cordis, corazón, ánimo).1. adj. Que está en su juicio. 2. adj. Prudente, que reflexiona antes de determinar. Se podría decir para la no cordura, falta de juicio y prudencia.

A partir del legado en la enseñanza S. Freud, y de los Seminarios dictados por J. Lacan y sus Escritos, ambos autores van haciendo un recorrido a través del cual en algunos momentos entrecruzan los conceptos y en otros definen de manera radical diferencias entre uno y otro.

¿Se puede situar en Freud y Lacan una posición definida en torno a la locura?

Hay momentos donde parecería encontrar una respuesta, pero luego se desdibuja.

Muchas veces homologamos psicosis a locura, tomo como ejemplo el libro de Foucault Historia de la locura en la época clásica, donde claramente se

refiere al alienado, y al trato que ha recibido sobre todo en relación a la segregación y el confinamiento. El loco tomó la posta del leproso, y esos mismos leprosarios fueron los primeros lugares de los alienados.

Este sería un primer modo de pensar la locura, simplemente como sinónimo de psicosis.

Freud no segrega, escucha y así comienza a escuchar a la histérica.

Podríamos decir que en Freud aparece una primera diferencia entre los locos a los que podemos escuchar porque entran en transferencia y aquellos otros que no y merecieron el nombre de “neurosis narcisista”.

Si pensamos en los primeros pacientes que dieron origen a los historiales freudianos, podemos pensarlos no menos que como locas/os, por ejemplo: Anna O., el hombre de los lobos (con sus delirios y alucinaciones). Sin embargo Freud no dudó en incluir dentro del campo de la histeria y el campo de las neurosis a esas manifestaciones fenoménicas. Hoy en día si nos vendrían a ver a nuestro consultorio cual florido cuadro al cual uno podría pensar que no le falta nada, no vacilaríamos en orientarnos para el lado de suponer ahí, una psicosis.

Sabemos que tanto en la neurosis como en la psicosis puede haber alucinaciones y delirios pero estos no alcanzan para diagnosticar una psicosis.

La estructura de las alucinaciones y delirios son diferentes, en una y en otra. El neurótico cuenta con el recurso del significante del Nombre del Padre, mientras que el psicótico, carente de esa apelación recibe la intromisión de voces que lo invaden. El neurótico habita el lenguaje, el psicótico es habitado, poseído por él.

“no hay no - loco”

En "Acerca de la Causalidad Psíquica", texto de 1946 Lacan dice que "el fenómeno de la Locura no es separable del problema de la significación para el ser en general, es decir, del lenguaje para el hombre". Y que: "al ser del hombre no solo no se lo puede comprender sin la Locura, sino que ni aún sería el ser del hombre si no llevara en sí la Locura como límite de su libertad". Frase que comenzó a volverse paradigmática de este desarrollo.

Bien, no es fácil entender que quiere decir con estas frases, intentaré un recorrido que me permita un posible modo de pensar el enigmático fenómeno que intento abordar.

Tomando un modo de decirlo de Allouch, sería: “no hay no - loco”. Cada uno tiene su propia locura privada, al decir de Serrat: "cada loco con su tema"... a la poética “Balada para un loco” me remito, Piazzolla, Ferrer, Goyeneche... ¡estallido de locura!

El texto referencial habla del fenómeno de la Locura, como un observable, con lo que podemos decir que ello tampoco implica hacer un diagnóstico de estructura.

La locura en este escrito aparece nombrada como un fenómeno.

En relación a este fenómeno haríamos un ordenamiento, tomando los tres puntos ahí desarrollados:

- a) la locura del hombre en general
- b) la locura en la psicosis - refiriéndose concretamente al caso Aimee
- c) la locura del que se la cree

En relación a este último punto Lacan nombra "la infatuación del sujeto". O sea el loco que no se cree algo que no es, como el psicótico, sino que se cree lo que es. El que no duda de nada, el que se la cree.

¿Qué es la infatuación? Lacan se servirá de la fórmula general de la locura que halla en Hegel.

Las tres nociones que van a atravesar “Acerca de la causalidad psíquica” son tomadas de dicho autor en relación a:

- la infatuación o delirio de presunción
- la ley del corazón

-el alma bella

Los tres términos están relacionados entre sí, especialmente en el punto en que implican desconocimiento. El yo es una construcción imaginaria inherente al **desconocimiento** y la infatuación la va a pensar en relación a las identificaciones. En la medida en que no hay identidad sino falta en ser, es que habrá identificaciones. Cuanto más inmediata sea la identificación, más expuesto estará a la locura, es en esa inmediatez y medida en que se la va a creer. El delirio de presunción, la infatuación, consiste en creerse de punta a punta esa identificación, no duda. "Porque el riesgo de la locura -dice Lacan- se mide por el atractivo mismo de las identificaciones en las que el hombre compromete a la vez su Verdad y su ser". (Lacan, 1946)

El problema se presenta cuando ese desconocimiento se revela en la sublevación merced a la cual el loco, quiere imponer la ley de su corazón a lo que se le presenta como el desorden del mundo, empresa insensata. (Lacan, 1946).

Cuando la ley del corazón no rige para uno mismo, sino que se intenta imponer o hacer extensiva a los demás a cualquier precio, va a empezar a chocar con la ley de los otros, con la cual su relación con el mundo se verá altamente complicada.

La otra posición es la del alma bella, como aquella que no tiene nada que ver con los desórdenes del mundo de los que se queja (Volvemos a Freud y su caso Dora, inmersa en los enredos y supuestos amorosos, por momentos delirantes).

El loco, en esta posición, es aquel que no tiene nada que ver con eso que le retorna de los demás, él es justo y preocupado por el equivocado rumbo de la humanidad. (Impresionantes y nefastas posiciones que algunos personajes de la historia de la humanidad y de la historia de nuestro país han intentado llevar adelante, con concepciones fundamentalistas y aterradoras). El ideal representa para él su libertad.

Muchas veces nos encontramos con pacientes que se encuentran muy o bastantes convencidos y seguros



"El Consejo"
Carbonilla sobre papel.
Andrés Vanney

de su verdad, pero nos faltan parámetros como para diagnosticar su locura. El delirio y las alucinaciones no hacen diagnóstico, la infatuación o la ley del corazón tampoco son indicadores para pensar la psicosis.

“Si un hombre se cree rey está loco, igualmente loco está el rey que se cree rey”

La relación de la locura con el ideal del yo deviene fundamental para comprender su articulación con la clínica psicoanalítica.

La locura, entonces, "incumbe a una de las relaciones más normales de la personalidad humana -sus ideales-" (Lacan, 1946). De lo que da un célebre ejemplo: "si un hombre que se cree rey está loco, igualmente loco está el rey que se cree rey".

Dice Lacan en el texto, fórmula alrededor de la cual girará su concepción de la locura: "el momento de virar lo da aquí la mediación o la inmediatez de la identificación y, para decirlo de una vez, la

infatuación del sujeto". Es decir que la locura dependerá de un rasgo de la identificación: de la mediación o inmediatez de las identificaciones ideales. Se entiende entonces claramente por qué puede considerarse la locura como inherente al hombre: porque concierne a la identificación, constitutiva de la subjetividad en psicoanálisis.

Lacan presenta la posibilidad de la locura a partir de una alternativa entre la "inmediatez" de los ideales, de la identificación del sujeto con los ideales, o de la "mediación" entre sujeto e ideal. Esa mediación introduce aquí, tempranamente en su obra, la concepción de un lugar tercero entre dos. Lo mediato es aquello que en tiempo, lugar o grado está próximo a una cosa, mediando otra entre las dos.

La división subjetiva supone la pérdida de un objeto. Significante que afecta al Narcisismo.

¿Qué objeto se pierde? El yo tiene una estructura libidinal, es decir, se toma como objeto en relación a los ideales con los cuales se identifica.

El objeto que se pierde es el de la identificación: el i(a), el de la identificación del yo. Es esta perdida la que se significará como objeto. Podría suceder que esto no ocurra, entonces lo que llamamos "significación" no funciona.

De esta operación en el narcisismo tiene que haber un resto, una pérdida, constitutiva de la división.

El funcionamiento que se produce en el narcisismo se traducirá en el fantasma. Esta operación de traducción es la entrada en un discurso, o sea que es la lógica discursiva la que impone al sujeto la reorganización del fantasma, podemos decir, la entrada en el discurso de los padres. Puede ocurrir que este primer paso del narcisismo funcione de manera fallida, lo cual no necesariamente determinaría una psicosis, o no funcione.

Por tanto que, en el lugar de la mediación se localiza la función del Otro (función independiente de cualquiera de sus encarnaduras posibles). Hay múltiples ejemplos de ello en la enseñanza de Lacan; por indicar tan sólo uno: en el Seminario 5 toma la función paterna en el lugar del Otro mediando entre los términos deseo materno y niño. Ese lugar tercero que media entre sujeto e Ideal, función de "mediación", será función del Otro, más allá de la encarnadura. Habrá locura si entre sujeto hablante e Ideal simbólico no opera el Otro en su función de mediación.

Cuando Lacan indica que el loco "lo que experimenta como ley de su corazón no es más que la imagen invertida, tanto como virtual, de ese mismo ser", sitúa en esa imagen invertida que se desconoce, no sólo una referencia al espejo sino también al desconocimiento de la función de la palabra en tanto el emisor recibe del Otro su propio mensaje en forma invertida. Ambas vertientes del desconocimiento sostienen la creencia en lo que es.

En el Seminario 6 menciona que: "sea como sea, nosotros podemos decir que, hasta un cierto punto, algo que es el símbolo o imagen, pero que, seguramente, es una suerte de Uno....., nosotros podemos decir que la experiencia de la relación a la madre, es una experiencia enteramente centrada

alrededor de una aprehensión de la unidad o de la totalidad".

En esa misma línea afirma que la relación del niño al cuerpo de la madre, tan primordial, es el cuadro donde van a inscribirse las relaciones del niño con su propio cuerpo, articulando la noción de afecto narcisístico.

Anuncia: (pag. 296) "... a partir de cierto momento, el niño se reconoce en una experiencia primordial, como separado de su propia imagen, como teniendo una cierta relación electiva con la imagen de su propio cuerpo."

G. relata la escena una y otra vez cada sesión, agregando detalles en algunos momentos, cambiando situaciones en otros pero siempre queda ese núcleo discursivo irreductible, por momentos imposible de dialectizar, relata: "trabajaba en el Supermercado, en la fiambrería, ahí cortaba fiambre y era repositor de lácteos, algo ya no andaba bien, estaba muy acelerado, dentro y fuera del trabajo, a la par que estaba cursando el CBC. Ahí hacía lo que quería. Mientras estaba cortando fiambre veo a un niño subido a los hombros de su padre. Tenía los ojos grandes, me sentía un niño, y me largué a llorar, caí al piso no podía parar con el llanto." Es a partir de este episodio por el cual entra en una crisis, que deriva en una internación. "Pienso en algo místico, como el niño Jesús, eran imágenes, de la Iglesia Católica, no a la que voy yo. Con las voces, yo sentía que hablaba con Dios". "Antes de internarme yo hablaba con Dios, y pensaba que era un elegido. Tenía que hacer algo, después de internado no podía pero después pude. Ahora me río. El nene era como Dios, yo decía me siento como un nene. Eso fue como importante".

Como corolario Lacan enuncia: "...eso que se establece gira enteramente en el hecho de lo que pasa en la pareja primitiva, es decir, la forma inconstituida en la cual se presenta el primer vagido del niño, el grito, el llamado de su necesidad, la forma en la que se establecen las relaciones de este estado primitivo, aún inconstituido, del sujeto, en relación a algo que se presenta, entonces, como un Uno al nivel del Otro, a saber el cuerpo materno, el continente

universal, es lo que va a reglar de una manera completamente primitiva la relación del sujeto, en tanto que él se constituye de una manera especular, a saber, como yo (moi), y el yo (moi) es la imagen del otro, con un cierto otro, que debe ser diferente de la madre". (p. 298).

¿Qué sucede cuando el niño identificado a una cierta posición de su ser en los poderes de su madre, y donde debería realizarse, no se logra?

No hay ninguna posibilidad de acceder a esta experiencia de totalidad, el ser humano está dividido, desgarrado, y nada restituye esta totalidad porque "no puede considerarse, en último término, nada más que como un ser en el que falta algo, un ser, castrado" (p. 301). Es por eso que en la dialéctica del ser, en el interior de esta experiencia de lo uno, se relaciona esencialmente al falo, como tercer término. En la medida en que el sujeto es imaginariamente frustrado, donde él tiene la primera experiencia de algo que está ante él en su lugar (relato de la escena de San Agustín), que usurpa su lugar, es en esa relación con la madre que debería estar la suya, y donde el siente este intervalo imaginario como frustración, nace la primera aprehensión del objeto, en tanto el sujeto está privado de eso. O sea, que el objeto esté simbolizado de una cierta manera, toma valor significativo, pleno, ya que ese objeto puede ser concebido como estando o no, además que puede ser puesto en la relación con algo de otro, que puede serle sustituido. Es a partir de eso que deviene el elemento significativo. Esta propuesta también se asienta en la relectura del texto de 1946 a partir de *Función y campo...* de 1953, donde Lacan explicita que el yo toma su forma en el callejón sin salida dialéctico del "alma bella" que desconoce la razón de su ser en el desorden que denuncia en el mundo. En el Seminario 2 Lacan lo toma en igual sentido: "En el transcurso de un análisis puede haber algo que se forma como un objeto. Pero este objeto, lejos de ser aquello de que se trata, no es más que una forma fundamentalmente alienada. Es el yo imaginario quien le da su centro y su grupo, y es perfectamente identificable a una forma de alienación, pariente de

la paranoia". Esta fórmula de la locura es presentada por Lacan como una "estasis del ser" (Lacan 1946). En la locura la relación a la identificación ideal es un punto de estasis del ser, de fijación, de detención de la dialéctica del ser, es una identificación sin mediación, identificación plena a partir de la cual el sujeto se cree ser lo que es: "esto es yo", por fuera de la dialéctica que necesariamente introduce el lugar del Otro. Una estasis en el sentido de lo coagulado, una identificación coagulada. Dice Pablo Muñoz: "En resumen, la locura consiste en la ausencia de mediación de lo simbólico del Ideal del yo, dejando solo el lugar para la captura en lo imaginario del yo ideal. Es decir que la realización plena de la identificación del sujeto con el ideal sin la mediación del Otro, le da al ser la ilusión de la libertad: ser lo que es sin el Otro. Identificación al Ideal sin referencia al Otro, libre de las ataduras del Otro que, dialécticamente, hacen del sujeto un sujeto dividido". Volviendo a la noción de sujeto dividido que se articula con la locura: "Lejos, pues, de ser la **locura** el hecho contingente de las fragilidades de su organismo, es la permanente virtualidad de una grieta abierta en su esencia" (Lacan, 1946).

No se trata de fragilidad, no es una debilidad sino respuesta a una grieta abierta en la esencia del ser hablante: la división del sujeto. Puede decirse entonces, la locura es un modo del sujeto de no querer saber nada de la falta, de la barradura de su división. Pero esto para Lacan es un engaño pues no es un punto de libertad sino de esclavitud. Recurre a una figura de títere o la marioneta para representar al hombre libre, figura satírica, grotesca ya que es totalmente dependiente de quien mueva los hilos que lo agitan, aunque lo desconozca.

G. habla por su gusto de hacer malabares y estar disfrazado en la calle en función de "aumentar las ventas" (él se dedicaba a la venta ambulante), iba por las calles gritando, inventaba rimas para vender, que repetía incansablemente. Cuenta que había inventado un personaje. Le pregunto por ese personaje, qué pasó, dónde quedó. Dice que quedó aplastado, desapareció y murió. "Me hacía de mi otro

yo". Marca en ese personaje algo del descontrol, la euforia, la falta de vergüenza, dice: "Ahí me sentía un león, el que podía todo", me sentía libre, de hacer lo que quería".

Momento de locura y libertad que se aúnan de un modo muy puntual y preciso: "Lejos de ser 'un insulto' para la libertad, es su más fiel compañera; sigue como una sombra su movimiento. Y al ser del hombre no sólo no se lo puede comprender sin la locura, sino que ni aun sería el ser del hombre si no llevara en sí la locura como límite de su libertad". Queda establecida una relación indisoluble aunque paradójica entre locura y libertad. Lejos de ser un insulto, la locura es inherente a la libertad, dicho de otro modo: sólo es posible considerarse libre siendo loco, es decir títere del Ideal. La locura es creerse libre, vale decir: sin relación al Otro, cuando en verdad se está amarrado al Ideal, que es un elemento del Otro: I(A). De allí que Lacan haya escrito en la pared de la sala de guardia del hospital en que se desempeñaba como psiquiatra: "No se vuelve loco el que quiere".

Esta concepción de la locura corresponde a la

deducción de la constitución imaginaria del yo y, en este sentido, desborda los límites de la distinción psicosis-neurosis-perversión, en cuanto al concepto de estructura se refiere. Enquistada en el registro imaginario, en la lucha por el reconocimiento, e insertándose en la dialéctica del narcisismo.

Se trata entonces de una posición, de un momento... "de locura". Un sujeto puede posicionarse como "loco", como respuesta posible ante el encuentro con la propia división. Y en tanto tal, puede acontecer en cualquiera de las estructuras clínicas, aunque, por su historia común en cuanto términos del saber psiquiátrico pero también del popular, debe distinguirse particularmente de la psicosis: "la fórmula más general de la locura, de la que yace entre los muros de los manicomios como de la que ensordece la tierra con su sonido y su furia" (Lacan, 1949).

Por ahora, podría concluir diciendo que: la psicosis es distorsión, disolución y pérdida de lo imaginario, mientras que para la locura creerse libre es loco, ya que supone una identificación plena con el ideal sin mediación de lo simbólico, sin referencia al Otro y al objeto.

Bibliografía

- Allouch, J. "Perturbación en pernepsis". Artículo (1993)
- Diccionario Real Academia Española: (DRAE) Edición 22º
- Fernández, E. "Las Psicosis y sus Exilios". Letra Viva Ediciones (1999). 1º Edición
- Fernández, E. "Algo es Posible. Clínica psicoanalítica de locuras y psicosis". Letra Viva Ediciones (2005).
- Foucault, M. Historia de la locura en la época clásica"
- Freud, S. "Fragmento de Análisis de un caso de histeria (Caso Dora) 1901/1905. Tomo VII, Amorrortu Editores.
- Lacan, J. "Acerca de la Causalidad psíquica" Escritos I (1946). Siglo Veintiuno Editores. 14º Edición
- Lacan, J. "Seminario 2 El yo en la teoría de Freud" (1954/1955) Editorial Paidós
- Lacan, J. "Seminario 3 Las Psicosis" (1955/1956) Editorial Paidós
- Lacan, J. "Seminario 5 Las formaciones del Inconsciente" (1958). Editorial Paidós
- Lacan, J. "Seminario 6 El deseo y su interpretación". Versión crítica EFBA. Establecimiento del texto, traducción y notas de Ricardo E. Rodríguez Ponte
- Lacan, J. "Función y campo de la palabra y del lenguaje en Psicoanálisis" Escritos I (1952). Siglo Veintiuno Editores
- Lacan, J. "El estadio del espejo como formador de la función del yo (ye) tal como se revela en la experiencia analítica" (1949). Escritos I. Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis" (1957/1958) Escritos II. Siglo Veintiuno Editores
- Muñoz, P. "El concepto de locura en la obra de Jacques Lacan". Facultad de Psicología. UBA/ Secretaría de Investigación. Anuario de Investigación. Volumen XV

Carlos Nosedá

Psicoanalista - Médico Psiquiatra

Miembro del Capítulo de Epistemología e Historia de la Psiquiatría de APSA (Asociación de Psiquiatras Argentinos)

Integrante del equipo Adultos Mañana del CSMN 1 "Dr. Hugo Rosarios"

Locura de Clasificar. Clasificación de la Locura. (Apuntes para una crítica de las clasificaciones psiquiátricas)

"... ¿Qué se me pregunta exactamente? ¿Si pienso antes de clasificar? ¿Cómo clasificar lo que pienso? ¿Cómo pienso cuando quiero clasificar?... como si mi pensamiento no pudiera reflexionar sino desmenuzándose, dispersándose, regresando sin cesar a la fragmentación que pretendía poner en orden". Georges Perec.

Lo que sigue no es una condena moral al acto de clasificar ni una impugnación ideológica en bloque al saber psiquiátrico. Lo que me propongo hacer es una revisión crítica del problema de las clasificaciones psiquiátricas contemporáneas. Para comenzar "la clasificación" es uno de "los núcleos duros" de la disciplina. En el sentido, que crea los objetos sobre los cuales la psiquiatría habla y genera, al mismo tiempo, los agentes de su aplicación unificando su lenguaje. La clasificación delimita un territorio. Ordena su jurisdicción. Si en el siglo XIX ser psiquiatra consistía en conocer y saber manejar la clasificación kraepeliniana, en la actualidad pareciera suceder lo mismo con el DSM IV.

No existe disciplina que no clasifique los objetos que pretende estudiar. Aun el psicoanálisis. Y siguiendo a G. Perec ni siquiera parece posible "pensar" sin "clasificar".

Tomo la palabra como clínico para hacer una crítica interna de estas cuestiones. Conocemos las críticas

"externas". Realizadas desde otras disciplinas y por fuera del campo clínico. Quizá uno de los ejemplos más elocuente haya sido la crítica de Foucault en "Historia de la locura en la época clásica" con su teoría del "Gran Encierro" y el lugar que habría correspondido a los médicos y a la medicina en ese acontecimiento. Diferencio este tipo de crítica más ideológica de aquella otra realizada por quienes cotidianamente somos objeto de las múltiples demandas de los pacientes que nos consultan. En relación a las cuales tenemos que dar alguna respuesta.

Para "los alienistas" del siglo XIX las cuestiones clasificatorias debían fundamentarse en una rigurosa observación y descripción del comportamiento anómalo de los sujetos y del extravío de sus discursos. Las condiciones creadas por la situación "asilar" posibilitaba efectuar una observación sistemática de "los síntomas de la locura". Se toma el modelo clasificatorio propuesto por Linneo para las plantas. Así, las enfermedades mentales ingresarán en un característico entramado de clases, ordenes, familias y especies. Subsistirá además la cuestión de fondo que considera a la enfermedad mental como si fuera un fenómeno de la naturaleza.

El Proyecto Psiquiátrico Hegemónico (P.P.H.) actual se reivindica en ese sentido como "neo-kraepeliniano". Y cabría enmarcar su modo de pensar la clínica y el objeto psiquiátrico dentro de "un positivismo naturalista" que aspira a excluir "la experiencia subjetiva", o reducirla a un mero "factor psicológico". A pesar de la retórica en relación al rescate de un cierto humanismo.

Serían las características del P.P.H. las siguientes:

a) El uso de una clasificación – el DSM IV - como referencia única, obligatoria y universal no sólo para los clínicos sino también para los jueces, los Estados, las obras sociales, la medicina pre-paga, etc. La imposición global de dicha clasificación se haya menos ligada a méritos propios por su coherencia epistemológica interna que al poder de difusión tanto académico como periodístico de la American Psychiatric Association.

b) Los términos utilizados y sus categorías exhiben un grado de simplificación que habilitaría a cualquier usuario a “auto-diagnosticarse” prescindiendo incluso de cualquier intervención profesional. Esto daría cuenta, supuestamente, de su “a-teoricismo”.

c) La reflexión psicopatológica que hasta mediados del siglo XX se había constituido en el fundamento teórico, en la razón teórica que permitiría entender los datos de la “psiquiatría clínica” ha sido abandonada y en todo caso, relegada a una suerte de “lujo inútil” para aquellos clínicos que les sobra el tiempo para ponerse a “filosofar” sobre problemas “ya resueltos” por la ciencia. Las neurociencias cognitivas en nuestro caso. Esta actitud coincide con el abandono de los constructos clínicos clásicos como la paranoia o la histeria, por ejemplo. Este hecho tiene también relación con que a partir del DSM III (1980) el psicoanálisis deja de ser referente alguno en la construcción de las categorías que la clasificación utiliza. Desaparecen “misteriosamente” las neurosis del panorama psicopatológico.

d) El pensamiento clínico sufre un “extravío biologizante”. Impera el modelo bio-médico. Cada trastorno mental tiene su supuesto correlato cerebral asegurado. Quiere ser explicado por la alteración de una neurotransmisión luego corregible mediante un fármaco específico. Las causas de la locura deberían hallarse dentro de los pliegues del cerebro. Las neurociencias en su aparente modestia ambicionan con explicar todos y cada uno de los aspectos del funcionamiento del psiquismo humano.

e) Este movimiento es simultáneo con un retorno a “un neo-conductismo” más sofisticado que en el

desconocimiento del inconciente apela a teorías del sujeto psíquico pre-freudianas. Pero la experiencia subjetiva expulsada por algún lado vuelve: los pacientes hablan su sufrimiento, los tratamientos se detienen o fracasan, hay “recidivas”, la esquizofrenia “no se cura” en la medida que debería hacerlo según el ideal de la medicina, etc.

f) Otra de las características del actual momento de la psiquiatría es el lugar asignado al recurso psicofarmacológico. No sólo como la terapéutica en última instancia sino incluso como la fuente del progreso del conocimiento psiquiátrico en general. Y me arriesgaría a decir el pasaporte supuestamente fundamentado de la psiquiatría a su constitución como una rama de la medicina a pleno derecho. El laboratorio de neurofisiología ha sustituido el diálogo entre el médico y su paciente cuando gran parte de la problemática clínica se juega precisamente ahí, en el contexto de ese vínculo. Fascinados por lo supuestamente nuevo, los médicos, han decidido enterrar bajo los algoritmos terapéuticos la singularidad de su acto. Actuando además con cierta pereza intelectual consideran que ya no existen problemas conceptuales serios que plantearse.

g) Si la psicofarmacología se presenta como “la verdad revelada” emerge triunfante un nuevo actor protagónico: la industria farmacéutica. Cuyas pretensiones e injerencias en la actividad profesional cada vez se incrementan más: qué debemos medicar y cómo debemos hacerlo, qué temas se publican y cuáles, no, qué conviene investigar, cómo conviene formar a estos profesionales, futuros prescriptores.

Nunca como antes se había llegado a tanta desmesura en la extensión de la clasificación a los conflictos de la vida cotidiana. Una clasificación psiquiátrica que clasifica problemas no-psiquiátricos. Parafraseando el dicho popular: toda demanda que camina va a parar al DSM IV. Y “lo peor no ha llegado aún”, como señala Allen Frances, en su estudio crítico de las nuevas categorías del inminente DSM V.

Por otro lado, tendríamos que preguntarnos ¿qué tipo de sociedad, qué tipo de individuo reclama de

este modo a la institución psiquiátrica? ¿Qué es lo que hace que este tipo de propuestas tengan una recepción tan generalizada de parte de la población? En definitiva, ¿qué relación tiene la "operación de reducción" de las representaciones de la locura que la

medicina actual hace con la subjetividad contemporánea y cómo se corresponde con algunas de las características de la época?

Carlos Nosedá – Primavera de 2012



"Rueda". Serie Capullos
Lápiz s/papel
Agosto 2000
Verónica Viñas

Bibliografía

- N. Braunstein, "Psiquiatría, Teoría del Sujeto, Psicoanálisis (hacia Lacan)"
- G. Lanteri-Laura, "Ensayo sobre los Paradigmas de la Psiquiatría Moderna"
- M. Foucault, "Historia de la Locura en la Época Clásica"
- R. Castel, "El Orden Psiquiátrico"
- E. Rivas, "Psiquiatría-Psicoanálisis (La clínica de la Sospecha)"
- E. Laurent, J.C. Stagnaro y otros, "Psiquiatría y Psicoanálisis"
- G. Perec, "Pensar/Clasificar"
- E. Loffreda, "Diagnóstico psiquiátrico, DSM IV y psicoanálisis"

Patricia Fryd

Psicoanalista

Co Fundadora del Centro de Lecturas: debate y trasmisión

Co Coordinadora de la Residencia Salud Mental Centro 1

Coordinadora Programa de Investigación en Psicosis Centro 1

Miembro del Equipo de Adultos mañana del Centro 1

Estrategias frente al trauma

En Historia y Trauma La Locura de las Guerras , Françoise Davoine y Jean Max Gaudillière relevan casos de locuras en las que en determinadas crisis transferenciales surgen “trozos de historia cercenados de la historia familiar”- Trozos de historia relativos a guerras , muertes , determinadas “catástrofes” que se incluyen en lo que socialmente se denominan situaciones traumáticas .

Consideran la locura como el producto de un lazo social forcluido, de una significación que no fue entramada en la historia del sujeto, y que pide a su manera inscribirse, cosa que tiene lugar vía el apoyo de la relación transferencial.

Este sin palabras, este incomprensible, que ha sido rechazado, no traducido, al actualizarse en el lazo con el analista hace a un redimensionamiento de la historia.

Pero la particularidad que destacan es que lo que resurge en la cura logra tener existencia cuando se descubre una zona análoga de experiencias rechazadas en el analista.

F.Davoine y J. M. Gaudillière dejan a mí entender planteados interrogantes fecundos respecto de la práctica analítica; principalmente en lo concerniente a la relación entre locura y lazo social así como consideraciones relativas a trauma y repetición y las estrategias del sujeto en relación a él.

El sujeto y su historia, la relación entre lo singular y lo social son claramente despejadas por S. Freud en su articulación al semejante, al otro. Así en *Psicología de las masas y análisis del yo*: “... sólo rara vez, bajo determinadas condiciones de excepción, puede

prescindir de los vínculos de este individuo con otros. En la vida anímica del individuo, el otro cuenta como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo.”

En el *Compendio*: “Los detalles de la relación entre el yo y el superyó se tornan perfectamente inteligibles, reduciéndolos a la actitud del niño frente a sus padres. Naturalmente, en la influencia parental no sólo actúa la índole personal de aquellos, sino también el efecto de las tradiciones familiares, raciales y populares que ellos perpetúan, así como las demandas del respectivo medio social que representan.” Ellos y cada uno de nosotros en tanto estamos inscriptos en un orden generacional somos portadores de un mensaje que desconocemos...Y por lo tanto sujetos a demandas, que, entiendo, pueden ser de simbolización.

Si bien S. Freud no deslinda el otro del Otro, nos da de esta diferencia algunos indicios bien tempranamente. En la carta 52 pone en juego al Otro, Otro prehistórico inolvidable a quien ninguno posterior iguala, en relación al ataque de vértigo, el espasmo de llanto, y al síntoma crónico de la manía de permanecer en cama. “*Todo ello cuenta con el otro.. Uno de mis pacientes todavía hoy lloriquea mientras duerme, como entonces lo hacía (para que lo tomara consigo la mamá, que murió cuando él tenía 22 meses).*”

Lo pone en juego entonces en relación a aquello para lo que no hay palabras.

Ahora bien ¿cómo es que lo fue rechazado, mudo, en,

tal vez otra generación retorna? ¿Cómo es que esto forma parte de la subjetividad...? ¿Cómo opera esa demanda de simbolización?

La concepción de un pasado que retorna no es privativa del psicoanálisis.

Lo que atañe a lo que retorna del pasado, lo que se repite sin el sujeto saberlo, que el pasado retorne en lo vivo: a la afirmación hegeliana que la historia se repite 2 veces, Marx en su 18 Brumario agrega que una lo hace como tragedia y otra como farsa. Los hombres hacen su `propia historia pero no lo hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmite el pasado. La tradición de las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos..

En psicoanálisis el retorno de lo rechazado pone en juego a la conciencia, como "máscara engañadora" pero también como "huella efectiva de los acontecimientos que organizan el presente."

A diferencia de los expatriados, de los socialmente excluidos, los locos, los que están "fuera de sí" son extranjeros respecto de su historia, de su infancia, son **desabonados del Inconsciente**. La Verwerfung¹ operación central aunque no privativa de las psicosis, es justamente la que los encierra afuera. Pero "más radical que el borramiento de las huellas, la ausencia de palabras para decir el borramiento de esas huellas, abole un paso que deje huella." Y entonces "una clínica con las psicosis obliga a confrontarse con el concepto que aclara sus bordes".²

Michel de Certeau³ plantea en relación a cómo articular diferencias y continuidades entre la organización de lo actual y la de las configuraciones de lo antiguo las distintas estrategias del psicoanálisis y de la historiografía. La operación freudiana modifica la historiografía al sustituir un discurso "objetivo" con un discurso de "ficción" si se

entiende por ficción, el texto que declara su relación con el lugar singular de su producción. Esto ha sido muchas veces invertido por la tradición psicoanalítica, que ha reducido el freudismo a una psicología individual y biográfica.

En el *Proyecto de una psicología para neurólogos* S. Freud hace girar la realidad del hablante en torno al complejo del semejante. En efecto en función de la indefensión original del sujeto, el encuentro con el lenguaje constituirá un trauma primordial. Esa indefensión se constituye por lo mismo (y tal vez en relación proporcional) en la fuente de las motivaciones morales.

La operación que funda el **aparato hablante**, la represión primaria, excluye un real, un goce mortífero librado a cuya suerte ese que nace moriría siguiendo su propia inercia: excluye la pulsión de muerte que no dejará de insistir, y va a retornar en lo real, en caso de la Verwerfung. En lo simbólico, en caso de que haya tenido lugar la simbolización condición de la represión secundaria. Secundaria al *aparataje del sujeto*.⁴

Es a través de las imágenes verbales, de las palabras que recibimos del Otro que podemos captar algo de los procesos que nos habitan, es decir que es por la intermediación del Nebenmensch, que puede tomar forma todo lo que se relaciona con el proceso del pensamiento en el hablante.

El pasado rechazado regresa como en ese ejemplo caro a S. Freud: después de haber sido asesinado el padre de Hamlet regresa como fantasma: y es este retorno el que permite que se articule la ley a la que su hijo obedece. Lo que se articula ahí es la ley del Otro.

Es de destacar la fuerte impronta que el lenguaje jurídico ha dejado en el psicoanálisis en lo referente en especial a las operaciones fundantes del sujeto. Siguiendo la estructura tal como S. Freud la despeja,

¹ Preclusión o forclusión según diferentes decisiones de traducción

² Solal Rabinovitch .Encerrados afuera. La preclusión, un concepto lacaniano. Ediciones del Serbal

³ Michel de Certeau. Historia y psicoanálisis entre Ciencia y Ficción. Universidad Iberoamericana

⁴ Para tomar lo que considero una feliz expresión de Pablo Román.

podemos hacer solidaria la ley de prohibición del incesto, con la que funda el aparato. Sin confundirlas. El sujeto fuera de sí que busca por su locura ser escuchado está pidiendo ingresar, entrar en una ley. Ahora bien esa pulsión de muerte, ese exceso pulsional que insiste tiene el carácter de una ley más allá de toda ley.

El trauma, el encuentro del cuerpo con el lenguaje, espera a la ley del padre para articular un sujeto. Entiendo que este encuentro puede ser atemperado por la porción comprensible del complejo del semejante: familiaridad y extrañeza estarán soldadas indisolublemente, no habrá extrañeza si no es en relación a lo familiar. Lo que se produce al articularse la ley, es el singular entramado Eros- Tánatos, que atempera algo de ese exceso, al ligarlo a la ley de la palabra.

Davoine y Gaudillière sostienen que la locura "plantea en su interlocutor el desafío de hallar un lugar de alteridad al cual ella pueda hablar". Esto se puede dar a condición que el analista admita en sí, algo incomprendible, o cercenado, rechazado. Que algo de esto, esté del lado del analista hace a la posibilidad de construir en la transferencia una ficción, un soporte para el retorno articulado de esa ley del otro.

Un rasgo de la época actual es la tendencia a colectivizar el trauma. Reducir lo traumático a un hecho "externo" conlleva por consecuencia eludir la dimensión ficcional de la historia y con ello hacer del que habla un individuo indiviso, impidiendo la articulación del sujeto-. Hacer consistir lo traumático, colectivizarlo, sustancializarlo lleva en un extremo a

la división Bien/ Mal que es conservadora en el sentido de que impide todo posible no concebido por los saberes instituidos, esto es, **lo incalculable**. Es decir la hipótesis del sujeto.

Y lleva a la ideología del perjuicio y de la asistencia, con su inevitable consecuencia: el despliegue de las reivindicaciones que alejan cada vez más al sujeto de su incumbencia en el asunto dado que como sabemos el **yo que denuncia no es el que enuncia**. Sostener que todo es colectivizable es eludir lo éxtimo, el lugar que aloja tanto lo humanamente horroroso como el deseo.

Es decir que si lo no comprensible, lo Otro absoluto, lo que permanece igual a sí mismo coherente como una Cosa, Das Ding puede ser atemperado al ser bordeado por la palabra del Otro, lo es en tanto se transmita una palabra que admita un **NO es eso**, un no saber que haga lugar a una ficción, como la transferencia.

Alienación y separación, son cara y ceca de la misma moneda, en tanto son la condición tanto de la constitución del sujeto en el campo del Otro como la posibilidad de descontarse de él, de hacer la propia diferencia. No es sin el Otro, pero tampoco sin el a con el que desprenderse de él, que cada quien encontrará su causa. Es decir que en psicoanálisis es justamente lo más singular lo que no se deja colectivizar. O dicho de otro modo, en psicoanálisis no hay causa común.

Patricia Fryd, Enero 2013

Debates

Samuel Cabanchik

Filósofo, Presidente del Instituto H.A.Murena. Investigador del CONICET. Profesor de Filosofía Contemporánea en la UBA y en la UNL.

Autor de, entre otros, *El abandono del mundo*, Buenos Aires, Grama, 2006 y *Wittgenstein, o la filosofía como ética*, Buenos Aires, Quadratta, 2010.

Ejerce actualmente como Senador de la Nación por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Ensayo y filosofía

La palabra “ensayo” en el sentido que aquí nos ocupa¹³, tiene, en cuanto a su referencia, una intrínseca ambigüedad, pues remite tanto a un género literario cuanto a un acto de escritura: el *ensayar*. Se trata de una ambigüedad feliz, pues nos brinda, precisamente, el rasgo que otorga al género su carácter específico. Así, el ensayo como *forma literaria* conserva, en sus resultados, la dinámica de su propio proceso de producción. Dicho de otra manera, en el ensayo como resultado se consigna el ensayo como acto de escritura – y de pensamiento -. Lo que decimos no es novedad, al punto que así lo sugería ya su inventor, Michel de Montaigne, cuya concepción resume a grandes rasgos: 1. el ensayo no es primordialmente un texto de conocimiento, aun cuando se vincule con conocimientos sobre los que cabe y hay saber especializado; 2. para su producción no se requiere otra facultad que la que supone estar en posesión del lenguaje y de la competencia en su uso creativo; 3. el yo implicado en el discurso ensayístico es modesto y crítico, aunque se autoriza a discurrir incluso sobre aquello que ignora - y sobre aquello que tal vez no haya aun saber alguno -; 4. lo que importa en el ensayo es el estilo, no la materia de la que trata; 5. el ensayo, en lo que tiene de propio, es un ejercicio de invención personal; 6. finalmente, el ensayo consigna en su texto, el proceso vacilante de su producción.

Estas características hacen del ensayo algo distinto de un *género literario*, así como también vuelven

aproximativa cualquier determinación que lo especialice, en expresiones del tipo “ensayo filosófico”, por ejemplificar con la que nos incumbe más inmediatamente en el presente contexto. Cada ensayo se presenta entonces como una *singularidad textual* que no hace causa común con todas y cada una de las demás singularidades de referencia, las que sin embargo habitan el mismo espacio plural de escrituras recalcitrantes para las clasificaciones de género y de conocimientos.

Estas consideraciones nos permiten concluir que la pregunta apropiada es *cuándo hay* ensayo, en vez de la clásica pregunta *qué es* el ensayo. La respuesta que propongo, es que hay ensayo cuando una enunciación discursiva construye un lugar de representación textual para el ensayista – el que puede hablar en nombre propio o en el de un sujeto colectivo -, y cuando ese texto utiliza el potencial retórico de la lengua para producir distanciamientos de diverso tipo respecto del saber implicado en la materia de que trata. Este parece ser el núcleo a ser retenido, de la ya clásica concepción montaigneana. El ensayo puede surgir, en principio, en cualquier corpus de saber constituido dentro de una lengua particular, por lo que puede ser considerado como un avatar de la misma. Podemos permitirnos la licencia de concebir estas lenguas, no solo relativamente al lenguaje en general, ni al idioma en particular del cual se sirve el ensayo, sino también como una lengua especificada por el saber del caso. Es por esta vía que cabe habilitar legítimamente la tipificación temática, de modo que se conseguirá un

¹ Esto a diferencia del uso de la palabra para referirse a la representación de una pieza teatral previa a su estreno frente al público, o de su uso con el significado de prueba, propia del contexto de una investigación científica, en el cual se trata de la búsqueda metódica del conocimiento o la verdad.

sentido preciso para expresiones como “ensayo filosófico”, “ensayo científico”, “ensayo sociológico”, “ensayo político”, etc.

Tenemos ahora un sentido en el cual hablar de “ensayo filosófico”: es el que surge en una “lengua filosófica” particular, entendiendo por “lengua filosófica” la identificable a través de tradiciones, estilos, problemas y tesis compartidas. (Sin embargo, la libertad propia del ensayo tenderá a derramar el texto más allá de las fronteras de escuela, por lo que difícilmente se pueda hablar de “ensayo x”, en donde la “x” sea reemplazada por el nombre propio de un autor o de una escuela).

Pero hay otro sentido, más importante a nuestros fines, en el que se cruzan el ensayo y la filosofía, ya no participando ésta como especificación temática de aquél, sino emparentándolos y diferenciándolos a través de sus rasgos caracterizadores. Es evidente que la marca de la singularidad autoral, la apertura potencialmente infinita de la deriva temática y la distancia crítica son tres rasgos presentes en cualquier obra filosófica y en cualquier ensayo. ¿Por qué - cabe preguntar - no es ensayo toda filosofía y filosofía todo ensayo?

Atrevámonos a una apuesta polémica: *idealmente*, esto es, llevado a su punto de acabamiento o culminación, todo ensayo es filosofía y toda filosofía es ensayo pero, precisamente por ello, cada uno se cuida muy bien de no ejercer esa potencia de identificarse con el otro hasta el final, para no entregar su especificidad. En última instancia, el punto de equilibrio estará en concebir diferencias de grado que autoricen a hablar de “más o menos ensayo/filosofía” respecto de una obra en particular.

La razón de ello es que el ensayo es una amenaza para la filosofía, lo mismo que ésta lo es para aquél. La línea que divide se traza aquí en y con el lenguaje: una obra filosófica subordina los recursos retóricos de la lengua a su papel conceptual, mientras que lo opuesto ocurre en el ensayo. Y esta divisoria de aguas responde a una economía, una dinámica, que a continuación intentaremos precisar.

Elegir entre el extremo filosófico y el ensayístico del

continuo aludido, puede implicar desde la simple adecuación técnica entre forma y contenido según sea el proyecto en cuestión, hasta comprometer una ética y una política del pensamiento y de la escritura. Optar por el camino de la filosofía o el del ensayo, es una alternativa a resolver cada vez, de modo que solo la estadística determinará cuándo se impondrá una u otra clasificación sobre el autor o su obra tomada en extensión.

La contraposición no se presenta entre una escritura sin estilo (la filosofía) y una con estilo (el ensayo), puesto que, si el estilo es una determinación inconciente del sujeto de la enunciación, siempre habrá estilo, aunque sea pobre en recursos, pues habrá un apego a ciertos términos, un ritmo en la periodización de las frases, una mayor o menor presencia de metáforas, de neologismos o de otros instrumentos frecuentes.

La cuestión es quién manda u ordena el texto: el significado o el significante, el concepto o la imagen, la literalidad o la metáfora, el problema formulado o el decir de quien lo formula, la generalidad de una tesis o las narraciones y los ejemplos, las conexiones lógicas o las asociaciones analógicas.

A esta altura querrá cuestionarse la contraposición, argumentando que se emparejan en ella determinaciones que difieren en naturaleza o nivel. En efecto, se interrogará, ¿no hay acaso ensayos filosóficos y ensayos de otras temáticas? Desde luego que sí, pero como destacamos más arriba, hay una convergencia en las condiciones más generales del ensayo y de la filosofía, ubicándose la divergencia en el modo en que estos elementos se conjugan en cada caso.

Para comprender cabalmente esta divergencia, repárese en que mientras la filosofía sostiene la marca subjetiva meramente como un totalizador externo al texto, inscribiendo éste en una filiación de tradición o escuela, o al menos en una problemática enteramente objetivable, el ensayo se cuenta uno por uno. A lo más, el rastro del estilo será reconocible en las distintas obras de un autor, o aun entre obras de diversos autores, pero eventualmente, cuando

cuando hagan escuela, no lo harán por lo que tengan de ensayo, sino de filosofía.

La divergencia es entre una subjetivación por el concepto o por la lengua, y está demás aquí toda ponderación moral, como por caso, es la de Rorty, que denuesta la filosofía en favor del ensayo. El punto no es acusar sino simplemente reconocer en la filosofía una ficción de no-lenguaje, tanto como reconocer en el ensayo una retracción ante la exigencia del concepto. Éste es un instrumento tan válido para consagrar la potencia del pensamiento como la artesanía de la forma, sustentada en el menor o mayor virtuosismo en el manejo de la lengua.

La divergencia radical entre el ensayo y la filosofía aparece en el modo en que se vinculan en uno y otro el yo que enuncia, el lenguaje en el que se enuncia y, por último, lo enunciado como tal, su contenido. El ensayo dispone los recursos del idioma en todo su esplendor para, a su través, provocar tres efectos: 1) sostener el libre señorío del escritor sobre dicho recurso, 2) generar una complicidad entre el autor y el lector como lugar de verosimilitud de lo dicho y 3) atrapar en las redes del lenguaje el asunto del caso, sin que el mismo nunca se escape ya de esa malla verbal.

La operación filosófica está destinada a producir efectos contrarios en las tres dimensiones, disponiendo del lenguaje para generar la referida ficción de no lenguaje: 1) el sujeto de la enunciación queda atrapado por las redes del lenguaje hasta volverse indiscernible de las palabras, 2) la complicidad buscada está siempre mediada por la verdad o corrección de lo dicho, por lo que no se establece a través de una comunicación personal y 3) las palabras mismas se identifican con su referente, "realidad" sobre la que la filosofía pretende su propio señorío.

En resumen, en el ensayo el lenguaje se pega a su asunto liberando un yo que arbitra - y goza de ese arbitrio -; en la filosofía, por su parte, el lenguaje se adhiere a su enunciación para desprender del mismo una realidad independiente que constituya una fuente de legitimación del discurso, mientras que el yo que enuncia, absorbido enteramente en ése decir invisibilizado, deja como único resto subjetivo el nombre propio que hará de marcador externo del texto, constituyéndose en una suerte de "prueba del delito" de que la objetividad no ha conseguido suprimir totalmente el rastro de la subjetividad implicada.

Desde el punto de vista de "la voluntad de poder", el ensayo es una vía más corta para lograr su afirmación, pero para ello paga el precio de no encubrirla, poniéndola de manifiesto en la intemperie del yo ensayístico. No es así la situación en la filosofía, en la que, por un camino sinuoso - y astuto - la voluntad de poder conquista estabilidad e incluso trasciende los límites del texto y del "diálogo" entre el autor y el lector. Al mismo tiempo se oculta, pretendiendo la autopresentación de una verdad o realidad impersonales y absolutas.

En estas condiciones, se hace difícil para el ensayista integrar su trabajo a una causa de escuela, sumergirse en la relativa homogeneidad de una tradición y menos aún, ingresar en una historia disciplinar. Éstas son, en cambio, posibilidades abiertas para la filosofía. Más aún, en su ausencia la filosofía no puede prosperar. En ello se juega su única conquista: asegurar una transmisión que instituya una comunidad de filósofos, sea en la copresencia de un espacio compartido, o en la más dilatada, pero también más inmortal, comunidad de ideas en el tiempo, a *fortiori*, en la historia de la filosofía, siempre abierta a la Filosofía con mayúsculas, presupuesta en cada obra de cada filosofía singular.

Otras ficciones

María Laura Helueni

Licenciada en Psicología

Concurrente. Equipo Adolescentes mañana del C.S.M. Nº 1

Cuidados domiciliarios

Mi tesis era que no todos son igual de poderosos. Ese jueves por la tarde interrumpió mi paso un sonido agudo. Me pareció que venía de un rincón ubicado en el lado izquierdo de la vereda. Me acerqué para verificar si se trataba de uno de ellos, tardé unos segundos en comprobarlo, pero sí. Estaba encerrado en una jaula, acurrucado en un rincón. Pude verlo a través de los barrotes de hierro, eran gruesos y entre ellos había una distancia de cinco centímetros. Supongo que la solidez de la jaula fue lo que hizo que me animara y en un arrebato decidí envolverla con el abrigo, tomarla con mi mano derecha y seguir camino a casa.

Apoyé la jaula en un rincón del comedor. No quería tropezarme, temía que se abriera y pudiera escaparse. Me fascinaba la idea de tener uno en casa. Había vivido atormentado todo este tiempo, por los sueños, por los ruidos adentro de los sueños. Pero no recordaba cuándo había empezado todo. La jaula me daba la posibilidad de estudiarlo, de medir mis sensaciones, ubicar los ejes y quizá darle fin a esta pasión incontrolada.

Le compré comida y un recipiente donde verter el agua. Mientras esperaba en la fila del supermercado, pensaba cómo haría para alimentarlo. Se me ocurrió arrojarle algo que lo entretuviera, y en ese instante apoyaría la comida y el agua. Al volver, me acerqué sin hacer ruido, corrí lentamente la reja de la parte superior e introduje una pelotita blanda y roja. Rápidamente se adueñó de ella y casi como mostrándome que mi plan podría funcionar, se movió prolijamente al sector derecho. Eso me dio

confianza para apoyar los dos recipientes. Además, la jaula era lo suficientemente grande para evitar el contacto. Cerré nuevamente la reja y me alejé unos centímetros para observarlo. Era mediano y de color negro, excepto por las orejas y parte de las patas que eran blancas. La cola medía casi la mitad del lomo y tuve que esforzarme para verle los ojos verdes y piramidales. No me miraba, eso me hacía pensar que estaba pendiente de mí, que me evitaba intencionalmente.

Empezaron los ruidos a las tres de la mañana. Me levanté y fui a verlo. Estaba dormido y no se inmutó. Creí haber imaginado todo. Los últimos años, solía despertarme escuchando aullidos. A las dos horas volví a despertarme, esta vez por el reflejo de una luz que rebotaba en el vidrio de la ventana, era verde con destellos amarillos. Noté que la puerta de mi habitación había quedado entreabierta y la cerré. Mientras intentaba dormir, repasé la tarde en segundos: la caminata, la jaula, la comida, los recipientes, el supermercado, la jaula abierta, mis manos. Me pareció que todo había sido muy arriesgado, y me sentí valiente. Con esa sensación pude descansar lo que quedaba de la noche.

Al día siguiente lo cambié de lugar. Sería mejor tenerlo en la habitación contigua a la mía. Era un ambiente ventilado y con más luz. Lo escuchaba gemir y por momentos creí que se reía. Ese sonido era cada vez más agudo y se replicaba. Parecían cuatro o cinco. Una noche tuve que cubrir la jaula con una manta oscura. Fue mi modo de pedirle que dejara de gritar. Pero no había forma de librarme de los ojos brillantes; traspasaban la manta y eran verde flúor.

Alimentarlo se hizo cada vez más difícil. La pelota ya no lo entretenía y tuve que buscar elementos más complejos. Se lo veía cómodo ahora que estábamos cerca. Emitía determinados alaridos y yo respondía de manera diferente a cada uno. Aprendí cuándo correr las persianas, cuándo encender el ventilador, cuándo dejar la luz prendida. El último tiempo, se puso cada vez más raro. La comida no le alcanzaba, ni bien terminaba de vaciar el recipiente pedía más y si me demoraba en devolvérselo lleno, comenzaba a golpear los barrotes con las patas. Había engordado bastante, pero sus movimientos conservaban la precisión del primer día.

Esa noche, había ido al supermercado y cuando volví sentí un silencio diferente. No era el silencio de

cuando estaba durmiendo, ni el de cuando terminaba de comer. Dejé la puerta del departamento abierta y caminé en puntas de pie hasta su habitación. La jaula estaba destrozada, los barrotes gruesos y de hierro parecían de plástico, todos arrojados y deformados en el piso. Por eso las piernas comenzaron a temblar. Corrí hacia las escaleras del edificio y floté por ellas hasta llegar a la calle. Caminé toda la noche y cuando se hicieron las diez de la mañana, llamé a una empresa de mudanza para que fueran por mis cosas. Esa tarde, desde la calle vi por última vez la ventana de su habitación. Estaba posado en el borde. Y aunque el verde flúor no se proyectaba en ninguna parte de mi cuerpo, supe que me miraba. Con todo su poder y desde arriba.



"La Culpa"
Carbonilla sobre papel.
Andrés Vanney

Marcelo Rubio

Escritor – periodista.

Su último libro, Nueve relatos atravesados en la garganta, fue publicado en 2012.

SANDIA

Comíamos sandía teniendo el increíble cuidado de no tragar ninguna semilla. Con delicadeza quitábamos las que estaban visibles y luego la lengua separaba aquellas que permanecían escondidas, para luego escupirlas en una servilleta.

Tío Carlos nos había contado que si tragábamos cualquiera de esas escurridizas pepitas negras, una planta crecería en nuestras panzas.

- Mamá! – el grito horrorizado estirando la última “a” hasta quedar sin aliento, alertó a la familia.

Entre sollozos de mi hermana Malena, yo intentaba explicar la tragedia:

- Male se tragó una semilla de sandía.

El llanto encontró un rápido consuelo sin lograr la tranquilidad absoluta.

- No pasa nada.

Sabíamos que sí - desde mis ocho años y los seis de ella - tío Carlos había dicho una gran verdad.

Aquella noche desperté varias veces con la imagen del cuerpo de Male transformado en una suerte de germinador. Llegué a “ver” el tallo creciendo desde el estómago de mi hermana, trepar y asomar irrespetuoso por la nariz, orejas, boca, hasta los mismos ojos.

En la mañana tomé la decisión de examinar a mi hermana a cada hora, aguardando descubrir cualquier síntoma que anunciara el desenlace develado por tío Carlos.

Mamá estuvo muy nerviosa aquella tarde, tenía encendida la radio y el televisor e hizo varias llamadas hablando en voz muy baja y lloriqueando. Tío Carlos y papá no estaban en casa. Aunque no lo dijera yo sabía que todo era por la bendita semilla en la panza de Male.

Mi hermana en verdad no mostraba ningún síntoma extraño, jugaba normalmente; yo intuía que algo iba a desencadenarse. Ni papá ni tío Carlos volvieron a casa esa noche, y por más esfuerzo que mamá hacía para mostrarse tranquila, a mí no me engañaba. Sus ojos rojos, irritados, igual que la nariz, el pañuelo húmedo, apretado en un puño, mostraban que las cosas no estaban bien. Fue simple deducir: Las consultas con los doctores deberían haber arrojado algún anuncio trágico. Así de inocentes crecíamos, temerosos y creyentes en dramas imposibles, desconocedores del verdadero riesgo que nos amenazaba a cada paso.

La tarde siguiente mamá, a las apuradas, armó unas valijas, y nos dijo que los tres iríamos a un lugar lejano llamado España. Una vez más ella lo ocultó pero yo sabía que mi hermana estaba grave, quizá en ese otro país hubiera una forma de cura diferente. Yo había oído a los mayores hablar de Europa y cómo la gente elegía vivir allí con más libertad. Estaba seguro que al bajar del avión nos estarían esperando papá y

tío Carlos con médicos, ambulancias y sirenas, prestos para llevar a Male hasta algún hospital.

Le conté esto a mi hermana; ella comenzó a llorar sin gritar, las lágrimas le caían por el rostro, su mirada se volvió triste, solitaria. Creo que jamás recuperó el brillo que alguna vez tuvo.

- La semilla debe estar creciendo y vos no sentís nada, Male, pero allá te van a curar.

Abrazados fuimos hasta la heladera, saqué un trozo de sandía con varias semillas y le di un tarascón. Tragué todo.

- Lo que te pase a vos, me pasará a mí – le dije.
- Hay que decirle a mamá- gimoteó Male.
- No, es nuestro secreto hasta cuando lleguemos a España. – me envalentoné.

La llegada a Madrid fue durante una mañana fría. No estaban ni papá ni tío Carlos, tampoco médicos o ambulancias. Camino al hotel donde nos quedamos la primera semana le conté a mamá que yo también había tragado semillas de sandía.

- No una o dos, como veinte – dije.

Ella nos abrazó y lloró, su cuerpo se sacudía mientras nos aferraba. Miré a Male, supe que nada iba a seguir igual, y estuve en lo cierto.

No hubo plantas que crecieran en nuestros estómagos, papá y tío Carlos siempre fueron un recuerdo sepia y gris.

Ahora, treinta y cinco años después vuelvo al Buenos Aires que jamás me vio crecer. Tengo la certeza de que no visitaré la tumba de mi padre ni de mi tío, sencillamente porque nadie sabe dónde descansan sus cuerpos. Vengo por negocios, solo por negocios. No tuve la valentía de aquellas que aún giran en torno a la pirámide de Mayo pidiendo por la verdad.

Me contaron que en una plaza del barrio de San Telmo, los bares ubican mesas y sillas para que la gente disfrute del sol y el aire libre. Me sentaré allí y pediré una porción de sandía bien fría.

- Ah, mozo, con semillas, con muchas semillas.